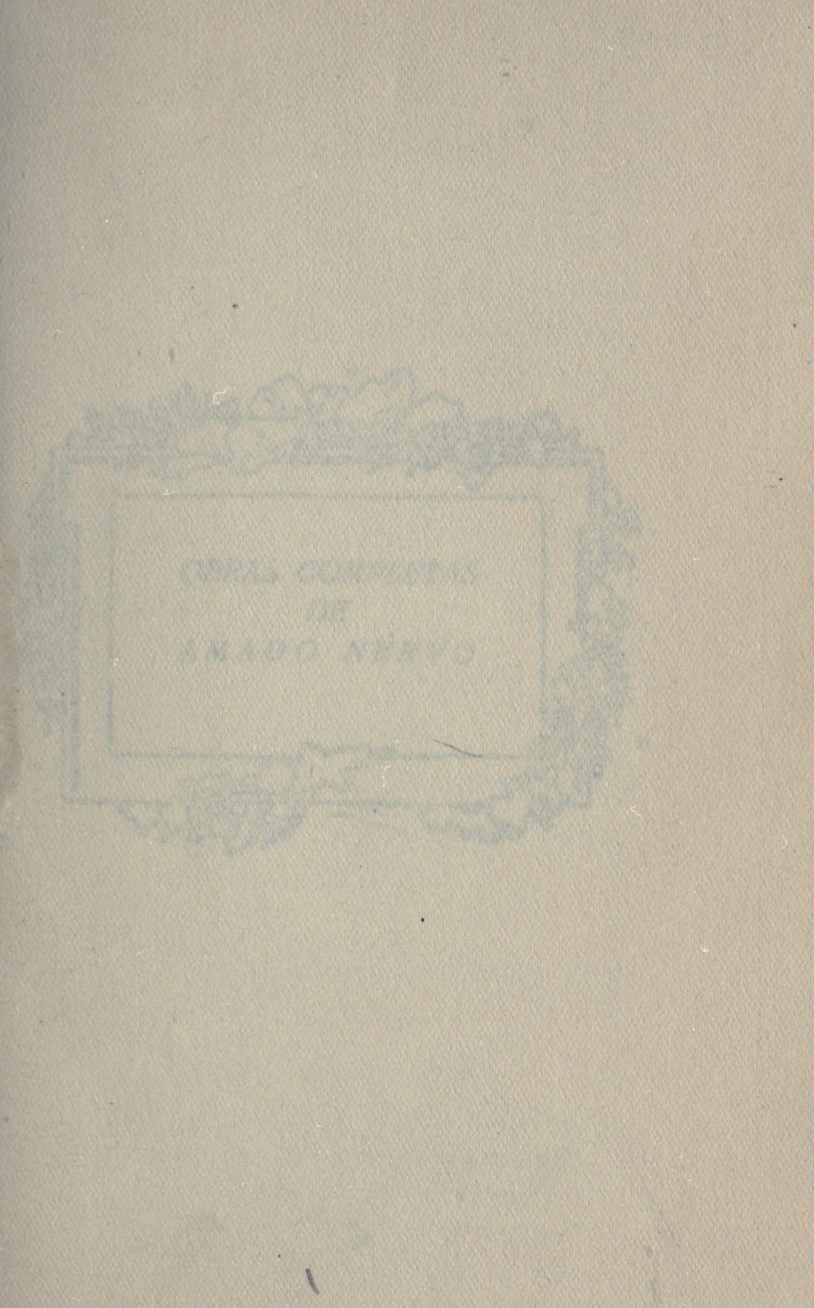
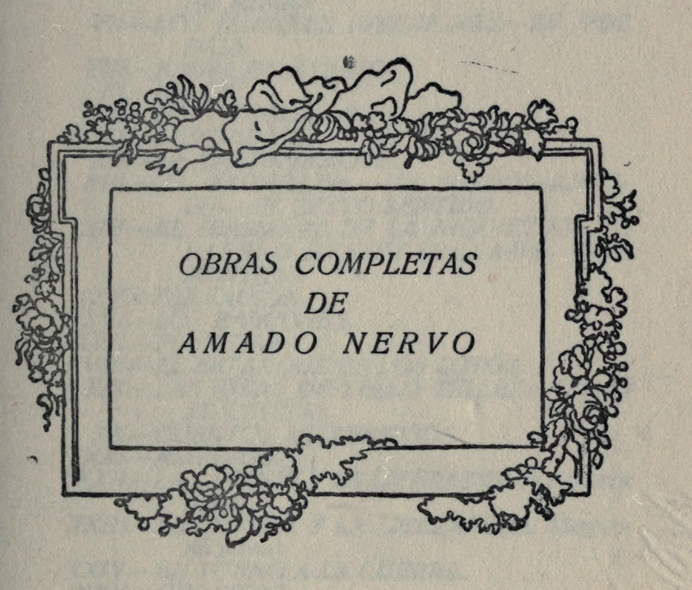
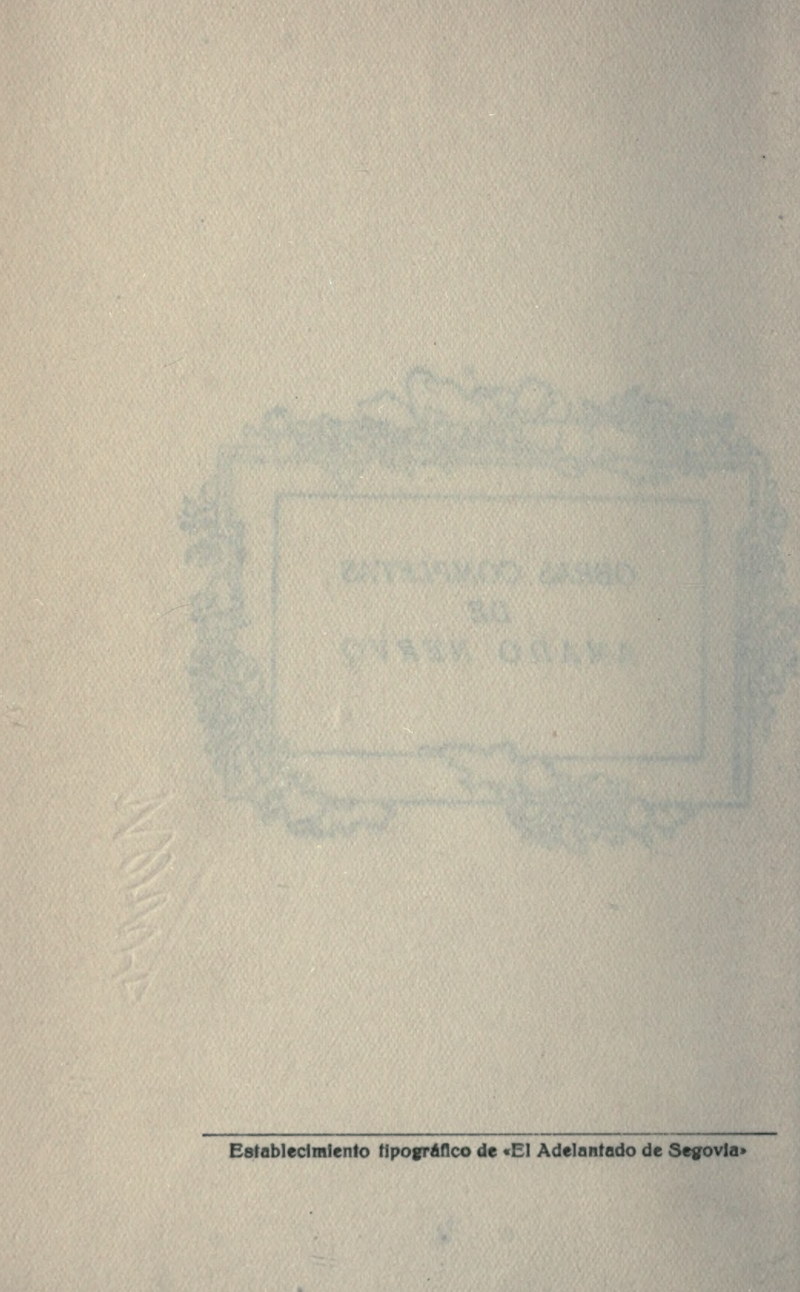

3 1761 04944631 3




OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO



Establecimiento tipográfico de «El Adelantado de Segovia»

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

PUBLICADAS POR LA BIBLIOTECA NUEVA

(NUEVA EDICIÓN)

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS.
II.—POEMAS.
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS.
IV.—EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO.
V.—ALMAS QUE PASAN.
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA.
VIII.—JUANA DE ASBAJE.
IX.—ELLOS.
X.—MIS FILOSOFIAS.
XI.—SERENIDAD.
XII.—LA AMADA INMOVIL.
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO.
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA.
XV.—ELEVACION.
XVI.—LOS BALCONES.
XVII.—PLENITUD.
XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS.
XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TELLEZ.—COMO EL CRISTAL.
XX.—CUENTOS MISTERIOSOS.
XXI.—ALGUNOS.
XXII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA (Primera parte).
XXIII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Segunda parte).
XXIV.—EN TORNO A LA GUERRA.
XXV.—CRONICAS.
XXVI.—ENSAYOS.
XXVII.—EL ARQUERO DIVINO.
XXVIII.—CONFERENCIAS.—DISCURSOS.—MISCELANEA.
XXIX.—LA ULTIMA VANIDAD.

PRECIO DE CADA TOMO

EN RÚSTICA: CINCO PESETAS. EN TELA: SIETE PESETAS

(DE CADA TOMO SE HA HECHO UNA TIRADA DE CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS.—PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 35 PESETAS).


TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO



OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO — *Volumen* XX

CUENTOS MISTERIOSOS

BIBLIOTECA NUEVA — MADRID

01602





DOS VIDAS

Guillermo y Antonio se encontraron, a los diez y nueve y diez y ocho años, respectivamente, huérfanos de padre y madre y con una cuantiosísima fortuna.

Guillermo era un muchacho práctico por excelencia. Tenía pocas, pero «exactas» nociones de la vida. En ratos de vagar, se había trazado un programa para el día en que fuese dueño de su dinero.

Lo esencial era evitar los fastidios y las penas.

Sin duda alguna, la incertidumbre del mañana es uno de los más angustiosos estados de conciencia. Su dinero lo ponía a salvo de ella.

Fuése, pues, a ver a los Rothschild y convino con ellos en invertir todo su capital, menos algunos cientos de miles de francos, en valores de *tout repos:* Consolidado inglés, 3 por 100 francés, Credit Foncier; ciertas obligaciones ultragarantizadas... Papeles, en fin, que producían apenas, unos con otros, el tres y medio por ciento; pero más firmes que todas las firmezas (menos cuando a una camarilla militar se le ocurre decretar una guerra como la que padecemos...)

—Por este lado—se dijo—, ya estoy tranquilo; las ondulaciones de la Bolsa me importarán muy poco. No veré siquiera, porque es inútil, cotización ninguna. Ahora voy a ocuparme de lo demás.

«Lo demás» fué comprar una hermosa casa en el barrio de los Campos Elíseos, con los cientos de miles de francos sobrantes; amueblarla bellamente; llevarse a ella sus viejos criados, fieles y seguros.

Helo, pues, instalado, con renta fija y ánimo sereno.

¡Qué había de hacer sino vivir! Vivir bien; vivir, sobre todo, en paz...

Pensó que en los años mozos nos viene a ver una visita peligrosa: el Amor.

La segunda parte de su programa fué suprimir esa visita.

El Amor siempre hace mal; siempre está erizado de púas...

—¡Compremos—se dijo—el amor ¡que pasa!

Antonio, como no era un hombre tan previsor, ni colocó su dinero en casa de Rothschild, ni defendió celosamente su libertad.

Un día vino a buscarle el Amor en la más común de sus encarnaciones; se llamó María, fué rubia, tuvo diez y ocho años. Lo demás, lo dijo la vida... Dos lustros después, siete hijos ensordecían la casa.

Hubo alternativas vulgares de sombra y luz; chicos enfermos, malos negocios, horas de beatitud íntima en la placidez del hogar; hubo de todo, de todo...

Guillermo iba poco a casa de Antonio. Solía decir como el viejo Fontenelle: «¡A mí me gustan los niños sólo cuando lloran... porque se los llevan!»; y encontraba duro, como Schopenhauer, que deba uno oir llorar su vida entera a los chicos, ajenos o propios, simplemente porque uno lloró algunos años.

Su carácter se volvió suspicaz y desconfiado. Tenía, sobre todo, fobias frecuentes. Una de ellas era la del sablazo. En cuanto un amigo lo trataba con más amabilidad que de costum-

bre, Guillermo procuraba acorazarse de esquivez.

«Este quiere dinero...»—pensaba angustiado, y abreviaba la conversación.

A su casa no entraban sino ricos axiomáticos, definidos, sin sospecha, como la mujer de César. Para ellos siempre había un cubierto en su mesa. Como que la gente que se respeta no debe dar de comer sino a los ricos, ni hacer obsequios sino a los ricos. Los pobres tienen una gratitud tan vehemente que no olvidan nunca ni un pedazo de pan que se les ha dado. Son como los perros; se dejarían matar por el que tuvo para ellos una caricia. Eso molesta, como todo sentimiento excesivo... Los ricos, en cambio, con qué gracia, con qué elegante escepticismo salen diciendo de los mejores banquetes que los han envenenado...

Cierto, alguna vez, un hombre famélico se llegó al hotel de Guillermo. Pero ante la verja había un portero imponente. En la portería, además, sobre una mesa de roble, se amontonaban volantes que decían:

«Nombre del visitante...»

«Objeto de la entrevista...»

El portero, por otra parte, se encargaba de manifestar al candidato a visita que el señor no estaba en casa sino los sábados, de doce a una de la mañana, para la «gente conocida».

Un hosco silencio, una árida soledad, acabaron por saturar el hotel. La gran puerta de hierro sólo dió paso a los automóviles señoriales.

La paz de Guillermo estaba ultraconquistada. Su palacio era una deliciosa Tebaida, llena de aristocrático mutismo.

Ni siquiera la mirada de los pobres podía recrearse en los céspedes de fresco terciopelo, en los plátanos de aleopardados troncos y hojas diáfanamente verdes...

Guillermo y Antonio llegaron a viejos.

Antonio, siempre ocupado en la vulgaridad de su vida; en casar a sus hijas, en establecer a sus hijos, en querer a sus nietos, en servir a sus amigos.

Ninguna pena común le fué ahorrada; pero tampoco supo jamás lo que era tedio. Una tranquila identificación con su destino, se le otorgó como premio. La existencia nunca le dió miedo; tuvo para él siempre un aspecto de familiaridad cordial, aun en lo hondo de las penas.

El castigo de Guillermo no estuvo empero precisamente en el hastío; el hastío es también

lote de altruístas, cuando el altruísmo no alcanza ciertos niveles poco comunes. Claro está que el egoísta lo ve cara a cara y en todo su imponente horror; pero hay algo más espantoso que ese mal, en los crepúsculos de las vidas baldías, y es encontrarse con el éxtasis del bien a la hora de la nona. Comprender ya tarde la voluptuosidad divina de hacer felices a los demás.

Un día Guillermo paseaba solo y a pie por cierta avenida. Acercósele un muchacho:

—Mi padre—le dijo—no tiene trabajo desde hace veinte días. Está enfermo. Mi madre se muere del pecho. Somos seis chicos. Tenemos hambre.

Como ven ustedes, el caso no podía ser más vulgar...

Naturalmente, Guillermo se encogió de hombros y continuó su paseo. Pero el chico insistió:

—Somos seis. Tenemos hambre.

—¡Déjame en paz! Todos vosotros sois unos industriales de la mendicidad, unos mentirosos.

El chico no entendió lo de industriales; pero sí lo de mentirosos.

—Venga usted a casa conmigo—replicó—, verá qué cierto es...

«Verá qué cierto es...»

Vínole un capricho.

¿Qué tenía que hacer a aquella hora? ¿Ir al club? ¿Jugar la eterna partida de tresillo?

La miseria podía ser pintoresca. Jamás la había visto. Era quizá el único espectáculo que le faltaba en la vida.

Llamó un *taxi*. Hizo que el harapiento fuese en el pescante, con el *chauffeur*.

❀

No os voy a describir ni el barrio, ni la escalera húmeda y obscura, ni el cuartucho fétido, ni los montones de trapos descoloridos sobre los cuales se agitaban, tosiendo, el padre y la madre del chico; ni el ir y venir monótono de los hermanillos, desnudos y hambrientos.

Escenas son éstas que los no millonarios hemos tenido, desgraciadamente, muchas ocasiones de contemplar en la vida.

El hombre práctico tuvo piedad...

Esa flor divina de la compasión, esa «debilidad» portentosa del alma, que inclina las frentes más altivas hacia las más humildes; esa ternura repentina que se nos mete en las entrañas; ese momento supremo de «comprensión» en que sentimos la identidad de todo espíritu con el nuestro, la deidad de cuanto alienta al par que nosotros; en que se descorre el velo de la ilusión tenaz, madre de las dife-

renciaciones injustas, de las clases, de las categorías, hizo presa en Guillermo... fundió a los rayos de su calor esencial todo aquel egoísmo de cincuenta años...

Y cuando su dinero fué misericordioso, por primera vez en la vida, y transformó el infecto desván en nido de risas, de esperanzas, de bendiciones; cuando él, encontrando a la existencia un nuevo, un maravilloso, un repentino sentido lleno de divinidad, pensó: «De hoy más consagraré mis días a los pobres», una voz interior, un presentimiento imperioso, le contestó: «Demasiado tarde...», y comprendió, con espanto, que lo invisible iba a negarle el más noble de los privilegios humanos: el de la caridad.

Una de tantas enfermedades agudas, ponía punto final—pocos días después—a aquella vida tan colmada de sentido práctico, en cuyo ocaso había aparecido por un instante, como visión de tierra prometida, la posibilidad celeste del bien.



LA NOVIA DE CORINTO

Había en Grecia, en Corinto, cierta familia compuesta del padre, la madre y una hija de diez y ocho años.

La hija murió. Pasaron los meses y habían transcurrido ya seis, cuando un mancebo, amigo de los padres, fué a habitar por breves días la casa de éstos.

Diósele una habitación relativamente separada de las otras, y cierta noche llamó con discreción a su puerta una joven de rara belleza.

El mancebo no la conocía; pero seducido por la hermosura de la doncella, se guardó muy bien de hacerle impertinentes preguntas.

Un amor delicioso nació de aquella primera entrevista, un amor en que el mancebo saboreaba no sé qué sensación extraña, de hondu-

ra, de misterio, mezclados con un poco de angustia...

La joven le ofreció la sortija que llevaba en uno de sus marfileños y largos dedos.

El la correspondió con otra...

Muchas cosas ingenuas y suaves brotaron de los labios de los dos.

En la Amada había un tenue resplandor de melancolía y una como seriedad prematura.

En sus ternuras ponía ella no sé qué de definitivo.

A veces parecía distraída, absorta, y de una frialdad repentina.

En sus facciones, aun con el amor, alternaban serenidades marmóreas.

Pasaron bastante tiempo juntos.

Ella consintió en compartir algunos manjares de que él gustaba.

Por fin se despidió, prometiendo volver la noche siguiente, y fuése con cierto ritmo lento y augusto en el andar...

Pero alguien se había percatado, con infinito asombro, de su presencia en la habitación del huésped: este alguien era la nodriza de la joven; nodriza que hacía seis meses había ido a enterrarla en el cercano cementerio.





Conmovida hasta los huesos, echó a correr en busca de los padres y les reveló que su hija había vuelto a la vida.

—¡Yo la he visto!—exclamó.

Los padres de la muerta no quisieron dar crédito a la nodriza; mas para tranquilizar a la pobre vieja, la madre prometió acompañarla a fin de ver la aparición.

Sólo que aún no amanecía. El mancebo, a cuya puerta se asomaron de puntillas, parecía dormir.

Interrogado al día siguiente, confesó que, en efecto, había recibido la visita de una joven, y mostró el anillo que ella le había dado en cambio del suyo.

Este anillo fué reconocido por los padres. Era el mismo que la muerta se había llevado en su dedo glacial. Con él la habían enterrado hacía seis meses.

—Seguramente—dijeron—el cadáver de nuestra hija ha sido despojado por los ladrones.

Mas como ella había prometido volver a la siguiente noche, resolvieron aguardarla y presenciar la escena.

La joven volvió, en efecto... volvió con su extraño ambiente de enigma...

El padre y la madre fueron prevenidos secretamente, y al acudir reconocieron a su hija fenecida.

Ella, no obstante, permanecía fría ante sus caricias.

Más aún, les hizo reproches por haber ido a turbar su idilio.

—Me han sido concedidos—les dijo—tres días solamente para pasarlos con el joven extranjero, en esta casa donde nací... Ahora tendré que dirigirme al sitio que me está designado.

Dicho esto, cayó rígida, y su cuerpo quedó allí visible para todos.

Fué abierta la tumba de la doncella, y en medio del mayor desconcierto de los espíritus... se la encontró vacía de cadáver; sólo la sortija ofrecida al mancebo reposaba sobre el ataúd.

El cuerpo—dice la historia—fué trasladado como el de un vampiro, y enterrado fuera de los muros de la ciudad, con toda clase de ceremonias y sacrificios.

●

Esta narración es muy vieja y ha corrido de boca en boca entre gentes de las cuales ya no queda ni el polvo.

La señora Croide la recogió, como una florecita de misterio, en su libro *The Night Side of Nature.*

Confieso que a mí me deja un perfume de penetrante poesía en el alma.

Vampirismo... ¡no! Suprimamos esta palabra fúnebremente agresiva, e inclinémonos ante el arcano, ante lo incomprensible de una vida de doncella que no se sentía completa más allá de la tumba.

Pensemos con cierta íntima ternura en esa virgen que vino de las riberas astrales a buscar a un hombre elegido y a cambiar con él el anillo de bodas...





EL HÉROE

Acababa de llegar aquella mañana a la línea de fuego.

Tenía el aspecto cansado; la fisonomía, grave y triste.

Aun cuando hablaba el francés sin acento, en su rostro, patinado por soles ardientes, traía el sello de su origen lejano.

Cuando el coronel pidió un hombre resuelto que se adelantara en pleno día hasta las trincheras enemigas y, por medio de un teléfono de campaña, le diese determinados informes (en aquel momento preciosos), él se ofreció, con cierta nerviosidad, antes que nadie.

Avanzó lentamente, reptando.

El llano interminable, escueto, glacial, sin accidentes, no ofrecía refugio ninguno.

Se concebía con pena que aquella desolación tan hosca escondiese en su seno más de dos millones de seres, jóvenes, robustos; más de dos millones de vidas, de actividades, de anhelos, ahora ocupados únicamente en destruirse.

Después de un interminable arrastrarse, el hombre aquel llegó al fin a las alambradas del enemigo. Nadie lo había visto. La niebla lo ayudaba. Preparó el teléfono y púsose a comunicar sus observaciones.

Cumplida su misión, volvió hacia los suyos, con muchas menos preocupaciones, como si, hecho el deber, la vida no tuviese ya para él ninguna importancia.

Los alemanes lo habían visto y dispararon sobre él, inútilmente, muchas balas.

Sus compañeros lo felicitaron por el éxito pleno de la pequeña empresa.

El fué a meterse silenciosamente en su agujero.

Desde aquel día, en cuantas comisiones había peligro, él se ofrecía, taciturno, pero con no sé qué resolución premiosa.

Muchas veces se le hizo el honor de enviarle a sitios donde era temeridad permanecer cada segundo.

Pero la muerte parecía desdeñarle. Al volver, se le felicitaba siempre, y en una ocasión le

prendieron en el pecho la medalla del Mérito Militar.

Sin embargo, las enhorabuenas y los aplausos se hubiera dicho que le contrariaban, y que le pesaba en el alma aquella indemnidad milagrosa.

❁

Un día, en cierto repliegue, después de reñido contraataque, el coronel de su batallón quedó herido, cerca de las trincheras alemanas.

Lo dejaron inadvertidamente en el campo.

Se retorcía, con las piernas rotas, sin quejarse.

El hombre taciturno avanzó en medio de un chaparrón de proyectiles, impasible. Cogió al jefe en brazos y lentamente echó a andar hacia su trinchera.

Llegó con su carga adonde quería, pero con tres balas en el cuerpo.

Momentos después, moría apaciblemente.

Antes de enterrarlo, un compañero, por orden del oficial, registró sus bolsillos, a fin de enviar a su familia papeles, recuerdos.

Se le encontró una carta de América, una carta breve, despiadada en su concisión.

«Amigo mío—decía la carta—: Tú me pediste siempre franqueza, aun cuando fuese brutal,

según tus palabras. Ha llegado el momento de usarla.

»Hace tiempo comprendiste, con razón, que yo no te amaba, que me casé contigo obligada por circunstancias dolorosas. Pero ignorabas quizá que amo a otro hombre con toda mi alma, con todas mis fuerzas... Pienso que la distancia es oportuna acaso para amortiguar el golpe que te doy... llorando, porque no soy mala, pero impulsada por un destino todopoderoso. No te pido que me perdones, porque yo en tu caso no perdonaría... pero sí que procures olvidar.»

❁

El «héroe» había muerto de esa carta, desde antes que lo mataran las balas alemanas.

El propio día que la recibió, alistóse como voluntario, pidiendo instantemente que lo enviasen a la línea de fuego. Quería caer sirviendo a la tierra francesa, hospitalaria y bella.

Le costó trabajo lograr su deseo. Morir es a veces muy difícil. La inconsciencia perenne que solemos anhelar en nuestros momentos de cansancio y de tedio, es una formidable concesión del Destino, escatimada avaramente a los que la necesitan y no quieren recurrir a la vulgaridad del suicidio.

El dolor con plena conciencia, constituye quizá una colaboración misteriosa para los designios escondidos del Universo.

❁

El oficial a quien entregaron la carta después de leerla él solo, la rompió en menudos pedazos.

—Es un papel sin importancia—dijo.

Piadosamente había pensado, en un momento de lucidez cordial, que convenía dejar intangible aquella heroicidad falsa, aquella heroicidad que no había sido más que romántica desesperación, como tantas otras heroicidades, y propuso que, sobre la sencilla cruz a cuyo amparo iba a dormir el extranjero taciturno, se pusiese esta inscripción, que los soldados de la compañía encontraron enigmática:

«AMÓ Y MURIÓ HERÓICAMENTE»



EL HORÓSCOPO

La quiromántica extendió las cartas.

—Veo aquí—dijo—un hombre rubio, que no le quiere a usted.

—Un hombre rubio... bueno, sí—respondió mi amigo, después de una pausa, durante la cual se puso a pensar en los hombres rubios que conocía. Y acercándose a mi oído:

—Ha de ser Pedro—me cuchicheó—; la verdad es que nunca me ha querido bien...

Añadió la hechicera:

—Un hombre rubio... joven.

Afirmó mi amigo:

—¡Claro! ¡Pedro!

La hechicera volvió a extender las cartas en

abanico, después que mi amigo las hubo partido.

—Aquí hay una mujer que piensa en usted—dijo.

—Una mujer que piensa en mí...

—Sí, una mujer de cierta edad, de estatura mediana.

—Ya, ya caigo: ¡mi hermana María!

—Probablemente: es una señora vestida de negro. (Mi amigo lleva luto.)

—¡Eso es, mi hermana!

Vuelta a cortar las cartas y a extenderlas:

—Trae usted un negocio en manos: un negocio que le interesa...

—¡Sí, sí; continúe usted!

—Se le presentan algunas dificultades... Veo aquí una, sobre todo. Pero las vencerá usted al fin. Hay que tener paciencia.

Mi amigo sonríe satisfecho.—¡Admirable!—me murmura al oído.

—Hay que tener paciencia—repite la hechicera—y cuidarse del hombre rubio.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Tendrá usted, además, que hacer un largo viaje por mar. (La hechicera sabe que mi amigo es americano.) Ya ha hecho usted algún viaje de éstos, penoso por cierto... El que tiene usted que hacer no dejará de serlo; pero llegará usted con bien.

Vuelta a cortar los naipes y a extenderlos.

—Veo aquí un hombre que se interesa por usted. Está pensando en escribirle...

—¡Espléndido!—exclama mi amigo—; debe de ser Antonio.

—Veo, además, una herencia en el porvenir... No puedo decirle de cuánto, ni sé si es precisamente una herencia. Pero, en fin, las cartas hablan de dinero.

Mi amigo sonríe encantado.

—Y basta de cartas. ¿Cuándo nació usted?

—El doce de Agosto de mil ochocientos setenta y tres.

—¡Magnífico! No pudo usted nacer bajo mejores auspicios... Deme usted la mano (examinándola). Tiene usted un carácter generoso... Una inteligencia despierta, lúcida... Ama usted lo bello. Las mujeres le prefieren (aunque a veces por pudor tengan que ocultarlo). Veamos la línea de la vida: es firme, segura, prolongada. Vivirá usted... ¡Ah! aquí veo un pequeño surco transversal... ¡Accidente! ¡Posibilidad de accidente! Atienda usted a sus piernas, a su corazón y a su cabeza... Por allí puede venirle algún mal... También está usted expuesto a enamorarse... ¡Cuidado! Es usted hombre que haría una locura... Por lo demás, las líneas todas son tranquilizadoras, menos la del accidente... Tenga usted cuidado en los viajes. Se

trata de un accidente que puede ocurrirle en un viaje... Sólo que, a juzgar por lo incierto y débil de la línea, es accidente evitable.

La quiromántica sonríe:

—El horóscopo de usted es fácil y claro—concluye—. Nació usted bajo una favorable conjunción de astros.

Mi amigo se despide embelesado, dejándole dos luises.

—¡Estupefaciente!—exclama al salir.

Yo sonrío... como la quiromántica, y le digo:

—Cierto que, según afirma Carlos Nordmann, no puede caer sobre la tierra de un jardín el pétalo de una rosa sin que se altere el ritmo de la estrella Sirio... Pero no hay duda tampoco de que no urge ir hasta Sirio para hacer horóscopos como los de una mujer...

—¿No son acaso de una sorprendente sencillez?

—¡Ya lo creo!

—Y cuánta verdad encierran, ¿eh?

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo!



LA YAQUI HERMOSA

(SUCEDIDO)

Los indios yaquis—casta de las más viriles entre los aborígenes de Méjico—habitan una comarca fértil y rica del estado de Sonora; hablan un raro idioma que se llama el «cahita» (perteneciente al grupo lingüístico mejicano-ópata); son altos, muchas veces bellos, como estatuas de bronce, duros para el trabajo, buenos agricultores, cazadores máximos... y, sobre todo, combatientes indomables siempre.

Su historia desde los tiempos más remotos, puede condensarse en esta palabra: guerra.

Jamás han estado en paz con nadie. Acaso en el idioma cahita ni existe siquiera la palabra «paz».

Pelearon siempre con sus vecinos, así se lla-

maran éstos chichimecas, apaches, soldados españoles o soldados federales.

No se recuerda época alguna en que los yaquis no hayan peleado.

De ellos puede decirse lo que de Benvenuto Cellini se dijo: «que nacieron con la espuma en la boca», la espuma de la ira y del coraje.

La historia nos cuenta que Nuño de Guzmán fué el conquistador que penetró antes que nadie en Sinaloa y Sinora, y llevó sus armas hasta las riberas del Yaqui y del Mayo. El primer combate que los yaquis tuvieron con los españoles fué el 5 de Octubre de 1535. Comandaba a los españoles Diego Guzmán, y fueron atacados por los indios, que en esta vez resultaron vencidos, pero tras un combate muy duro. Los españoles afirmaron después que nunca habían encontrado indios más bravos.

Con antelación, a manos de los yaquis habían perecido Diego Hurtado de Mendoza y sus compañeros, quienes desembarcaron osadamente en la costa de Sonora.

La lucha en serio con los indios empezó en 1599, siendo capitán y justicia mayor don Diego Martínez de Hurdaide. Desde entonces esta lucha ha continuado sin cesar.

Recientemente el Gobierno federal inició nueva acción contra las indomables tribus, y para dominar su tenacidad bravía, casi épica, hubo

de recurrir a medidas radicales: descepar familias enteras de la tierra en que nacieron, y enviarlas al otro extremo de la república, a Yucatán y Campeche especialmente. Lo que el yaqui ama más es su terruño. La entereza de raza se vió, pues, sometida a durísima prueba.

En Campeche los desterrados fueron repartidos entre colonos criollos, que se los disputaban ávidamente, dada la falta de brazos de que se adolece en aquellas regiones para las faenas agrícolas.

Un rico terrateniente amigo mío (1), recibió más de cien indios de ambos sexos.

Separó de entre ellos cuatro niñas huérfanas y se las envió a su esposa, quien hubo de domesticar a fuerza de suavidad sus fierezas. Al principio las yaquitas se pasaban las horas acurrucadas en los rincones. Una quería tirarse a la calle desde el balcón. Negábanse a aprender el castellano, y sostenían interminables y misteriosos diálogos en su intraducible idioma, o callaban horas enteras, inmóviles como las hoscas piedras de su tierra.

Ahora se dejarían matar las cuatro por su ama, a la que adoran con ese fiel y conmovedor culto del indígena por quien lo trata bien.

---

(1) Don José Castellot, al cual debo este relato.

Entre los ciento y tantos yaquis, sólo una vieja hablaba bien el castellano. Era la intérprete.

Cuando mi amigo los recibió, hízolos formar en su hacienda, y dirigióse a la intérprete en estos términos:

—Diles que aquí el que trabaje ganará lo que quiera. Diles también que no les tengo miedo. Que en otras haciendas les vedan las armas; pero yo les daré carabinas y fusiles a todos... porque no les tengo miedo. Que la caza que maten es para ellos. Que si no trabajan, nunca verán un solo peso. Que el Yaqui está muy lejos, muy lejos, y no hay que pensar por ahora en volver... Que, por último, daré a cada uno la tierra que quiera: la que pueda recorrer durante un día.

—¿De veras me darás a mí toda la tierra que pise en un día?—preguntó adelantándose un indio alto, cenceño, nervioso, por medio de la intérprete.

—¡Toda la que pises!—le respondió mi amigo.

Y al día siguiente, en efecto, el indio madrugó, y cuando se apagaba el lucero, ya había recorrido tres kilómetros en línea recta, y en la noche ya había señalado con piedras varios kilómetros cuadrados.

—¡Todo esto es tuyo!—le dijo sencillamente

el propietario, que posee tierras del tamaño de un pequeño reino europeo.

El indio se quedó estupefacto de delicia.

Diariamente iba mi amigo a ver a la indiada, y la intérprete le formulaba las quejas o las aspiraciones de los yaquis.

Un día, mi amigo se fijó en una india, grande, esbelta, que tenía la cara llena de barro.

—¿Por qué va esa mujer tan sucia?—preguntó a la intérprete.

Respondió la intérprete:

—Porque es bonita; dejó el novio en su tierra y no quiere que la vean los «extranjeros».

La india, entretanto, inmóvil, bajaba obstinadamente los ojos.

—¡A ver!—dijo mi amigo—, que le laven la cara a ésta. ¡Traigan agua!

Y la trajeron y la intérprete le lavó la cara.

Y, en efecto, era linda como una Salambó.

Su boca breve, colorada como la tuna; sus mejillas mate, de una carnación deliciosa; su nariz sensual, semiabierta; y, sobre todo aquello, sus ojos relumbrosos y tristes, que no acababan nunca, negros como dos noches lóbregas.

El colono la vió, y enternecido la dijo:

—Aquí todo el mundo te tratará bien, y si te portas como debes, volverás pronto a tu tierra y verás a tu novio.

La india, inmóvil, seguía tenazmente mirando al suelo, y enclavijaba sus manos sobre el seno; un seno duro y atejado que se adivinaba como de gutapercha a través de la ajustada camisa.

Mi amigo dió sus instrucciones para que la trataran mejor que a nadie.

Después partió para Méjico.

. . . .

Volvió a su hacienda de Campeche al cabo de mes y medio.

—¿Y la yaqui hermosa?—preguntó al administrador.

—¡Murió!—respondió éste.

Y luego, rectificando:

—Es decir, se dejó morir de hambre. No hubo manera de hacerla comer. Se pasaba los días encogida en un rincón, como un ídolo. No hablaba jamás. El médico vino. Dijo que tenía fiebre. Le recetó quinina. No hubo forma de dársela. Murió en la quincena pasada. La enterramos allí.

Y señalaba un sitio entre unas peñas, con una cruz en rededor de la cual crecían ya las amapolas.



DIANA Y EROS

(CUENTO ASTRONOMICO)

No se vió jamás, desde que los hombres tienen historia y registran por medio de aparatos precisos los fenómenos exteriores, sucesión tan descabellada y agresiva de tormentas.

El mes de Julio, que, dentro de la relatividad de las estaciones, suele ser un mes de serenidad atmosférica, prodigó primero nublados, luego lluvias persistentes.

Agosto trajo huracanes y aguaceros.

Nadie en estos dos meses vió el sol; el cielo era un caos plomizo, imponente, de una hosquedad que ponía miedo.

Pero Septiembre fué peor aún.

Naufragios sin cuento, grandes trasatlánticos hechos astillas. Colosos como el *Mauritania,*

el *Lusitania,* el *Olimpic* mismo, sacudidos por las olas rabiosas como míseros corchos...

Los astrónomos quisieron explicar aquello como explican todo lo inexplicable de la enigmática meteorología: echándole la culpa al sol.

El sol, además de su período undecenal de actividad, pasaba por una crisis.

Sin duda habían aparecido en la superficie grandes manchas.

Flammarión dió una hermosa conferencia acerca de esto en el Hotel des Sociétés Savantes, ante la masa curiosa y sumisa de los miembros de la Sociedad Astronómica de Francia.

El abate Moreux lamentó que la horrible persistencia de las nubes le impidiese, con su usual destreza, dibujar esas manchas, tales, que cinco tierras pudieran caer en su vértice, como cinco cañamones en un vaso...

Charles Normann escribió un artículo de vulgarización en el *Matin,* explicando debidamente lo que eran las manchas, su influencia magnética formidable al pasar por el meridiano, las teorías que se habían sucedido acerca de ellas, todas, según él, absurdas, menos la última (que era la que profesaba Nordmann).

En los Estados Unidos, Pickering y Percival Lowell, entre otros, dijeron cosas muy luminosas también.

El público se convenció de que las pícaras

manchas tenían la culpa de todo y, ante la invencible fatalidad del caso, esperó a que se serenase el Dios... el ígneo Dios cuya diestra balancea el planeta, mientras él mismo cae en las cimas etéreas hacia la Vega de la Lira...

❁

La conflagración fué cediendo. Los ciclones plegaron sus alas negras. Las olas, encrestadas de espuma, tornaron al muelle ritmo habitual; las lluvias recogieron sus hilos de cristal... y un día los hijos de los hombres volvieron a ver el azul del cielo esplendoroso, incólume...

El Dios convulso bogaba ahora como transfigurado, como más áureo y radioso, torrificando la naturaleza, ayer transida de angustia y de frío.

Era por Octubre.

Las hojas de los árboles se encendían, cobrizas o doradas, en perspectivas metálicas y augustas, recortándose netas sobre la turquesa atmosférica.

Los hijos de los hombres volvieron a sonreir, a amar... y a pensar, sobre todo, en la sopa y en los negocios.

Aquel día, un lunes por cierto, la actividad en el planeta era inenarrable.

A ella fué, sin embargo, sustituyéndose la

paz natural de la tarde, una tibia tarde ideal, que parecía de Agosto...

La luna, en el primer cuarto, empezó a derramar su nácar flúido en la paz celeste.

Y de pronto, los que miraban al cielo advirtieron que por el occidente, hacia donde se había despejado el sol, asomaba... ¡otra luna! muy más pequeña, pero por todo extremo hermosa; un disco verde, de un verde esmeralda, en el cual se advertían varias manchas irregulares, color de avellana.

Un matiz nunca visto entintaba divinamente todas las cosas... El nácar de la gran luna fundíase con el verde de la nueva, derramando tonalidades de misterio.

Experimentábase la sensación punzante y extraña de hallarse uno en otro planeta...

●

Los astrónomos explicaron después el fenómeno, el inesperado fenómeno.

«Sabemos—dijeron—que, según la discutida ley de Bade, hay intervalos aritméticos entre los diversos cuerpos que giran alrededor del sol. El quinto número de la serie: el 2'8, no correspondía a orbe ninguno al iniciarse esta ley, es decir, que ella era cierta con respecto a los planetas todos, menos en un intervalo.»

Forzosamente en él había un planeta: el planeta hipotético de Kepler.

Se le buscó por ingeniosos métodos y no se le encontró; pero se halló algo más; se han encontrado hasta la fecha como quinientos asteroides, fragmentos de un mundo que reventó, quizás como una gran caldera, a impulsos de la presión del vapor, de un mundo cuyo tamaño era incomparable al de la tierra y que giraba, hace unos millones de años, a una distancia del sol representada por el número 2'8, cifra admirable, corroboradora de la ley de Bade.

Este mundo deshecho está en pedruscos, en más de quinientos pedruscos.

El mayor de ellos, Ceres, mide apenas unos 1.000 kilómetros.

Casi todos giran entre Marte y Júpiter, pero algunos tienen órbitas que los acercan, a veces demasiado, a nuestra tierra; Eros, por ejemplo, que ha servido para medir, en 1900, la paralaje solar.

Ceres, Pallas, Juno, Vesta, en ocasiones, pueden contemplarse con buenos gemelos.

Ahora bien: quién sabe qué estupenda coincidencia astral, quién sabe qué aproximación portentosa ha hecho que la tierra capture entre las mallas invisibles de su atracción uno de esos asteroides.

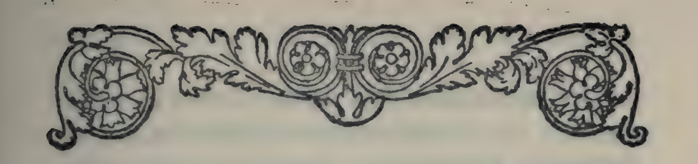
¿Cuál? Eros quizá (el planeta 433).

Esto la ciencia lo ha de comprobar en breve... mas de todas suertes, un asteroide ha sido preso por la tierra, y ya de hoy más nos acompañará como segundo satélite en nuestra caída por el abismo...

●

Y he aquí cómo desde entonces, ¡oh Damiana, ideal mío!, los poetas poseemos dos lunas: Diana y Eros, que divinizan las noches serenas, rimando en ellas el verde y el nácar de su apacible luz...





DON DIEGO DE NOCHE

Una de las luchas más heroicas, más denodadas, más conmovedoras (ríanse ustedes de las trincheras) es la que sostienen las mujeres contra la vejez. Lucha fatal que no emociona, porque sabemos que en ella han de ser vencidas, y que inútilmente han de extremar las astucias, apurar las falacias, recurrir a los «vanos silogismos de colores» (que hubiera dicho sor Juana Inés de la Cruz), para reparar lo irreparable:

Pour réparer des ans l'irreparable outrage...

Esta estrategia, esta táctica estéril, es la que ha inventado los *abat-jours,* que tanto privan en las casas *chic* de Inglaterra y Francia. El *abat-jour* o pantalla o guardabrisa de cartón, suavemente colorida, que se pone sobre las luces, no es más que un inocente arbitrio para

que las caras marchitas de las damas se envaguezcan en una penumbra misteriosa, en un claroscuro enigmático, y no se vea de los cuerpos sino el escote, por donde asoma una carne industriosamente fresca, que enmarcan sedas y encajes salpicados de joyas.

Es mentira que esas señoronas detesten la mucha luz porque es cursi: la detestan porque es un índice de oro, brutal, que señala a todo el mundo la pensativa ruina de su humanidad...

Pero si en las mujeres esta lucha es, como digo, conmovedora, en los hombres, por inusitada, adquiere formas y caracteres de una agudeza formidable.

Pocos hombres luchan con la vejez apasionadamente. Limítanse a teñir el bigote, que suele encanecer más pronto que los cabellos, y adaptarse un bisoñé a la calva; arbitrios inocentes con los que no engañan ni a un ciego. Hay, sin embargo, caballeros tan quisquillosos, que se indignan a la menor alusión indiscreta relativa a su edad. Ejemplo: *il signor* D'Annunzio, cuya inmortalidad lírica no basta a consolarle del natural desgaste de los años. Y los hay que no abdican jamás, que no entregan la fortaleza de su juventud a los asaltos de la vejez sino muertos. Que mueren inconfesos...

De éstos existió uno, fallecido no ha mucho tiempo, en cierta capital andaluza.

¡En cuanto cumplió los cuarenta años, se plantó en treinta y tres!

De allí en adelante fué en vano preguntarle su edad. Se hicieron proverbiales sus treinta y tres años. Era el hombre que tenía la edad de Cristo.

Cuando el bigote empezó a encanecer, lo tiñó. No hubo tintura que no ensayara. Hizo repetidos viajes por Europa, buscando tintes. Los peluqueros de París, esos insinuantes y sofísticos peluqueros de cabellera rizada que todos conocemos, lo explotaron a maravilla. En Londres se gastó también un dineral.

Al bigote siguió la rara mies de los cabellos, sobre los cuales empezó a escarchar Enero...

Más tinturas, más viajes...

Las cremas de todos los matices, de todas las virtudes y de todos los olores, pretendieron, aliadas con masajes sabios, llenar o disimular siquiera los surcos cada vez más hondos y más numerosos de las arrugas.

Triste empeño. El arador invisible continuaba su tarea.

Llegó empero un momento en que no hubo ya pelo que teñir. Todo se había caído...

Los peluqueros aconsejaron a la víctima una peluca.

Fué cosa de elegir, de pensar, de madurar muy lentamente.

Al fin se encontró lo que se buscaba. Pero ¡ay!, una irritación de la piel, un eczema que invadió la calva, impidió el uso de postizo tan esencial.

Al propio tiempo, el arador invisible continuaba labrando sus surcos en aquella pobre faz.

No había misericordia. A cada nuevo recurso de don Diego—que así se llamaba mi hombre—la naturaleza respondía con una nueva crueldad.

La lucha era romántica, y para los observadores concienzudos, verdaderamente digna de un poema.

Don Diego no quería rendirse.

¿Y sabéis lo que hizo?

Comprendiendo que durante el día el enemigo era tremendamente fuerte; que el sol lo odiaba con descaro; que era imposible luchar con él; que si Jacob había combatido con un ángel, él no podía combatir con la luz, resolvió no salir sino de noche.

Jamás se le volvió a ver de día.

En verano, don Diego dormía unas siestas eternas... y en cuanto el sol consentía en ponerse al fin—no sin defenderse aún largo rato, sangrando en un inacabable crepúsculo—don Diego, muy derecho, muy correctamente vestido, muy acicalado, muy bien pintado, salía de su casa.

A pesar de su reconocida cortesía, no se quitaba nunca el sombrero, pretextando el temor a un enfriamiento (pues a ellos era muy sensible «desde niño»). Iba al teatro invariablemente; pero en el palco del club, desde el cual asistía a la representación, se le había reservado una butaca cuyo respaldo estaba pegado a la pared. De esta suerte don Diego, jamás enseñaba la nuca a nadie; por lo tanto, en circunstancias en que era de toda precisión estar con la cabeza descubierta, podía ver su calva... que era lo que se trataba de demostrar... es decir, de no mostrar.

❀

Hace poco tiempo que murió don Diego, *don Diego de Noche*, como habían acabado por llamarle todos sus conocidos, y jamás abdicó. Hasta el fin, con un resuelto heroísmo, tuvo la edad de Cristo. ¡En su testamento ordenó que lo embalsamasen, naturalmente!

Su familia, movida por aquella perseverancia, por aquella voluntad de platino y diamante, no quiso desmentirla, y en la lápida de mármol negro bajo la cual «aguarda la resurrección» aquella carne rebelde al *pulverem reverteris*, puede leerse:

«Don Diego de Sandoval. Murió el día... de... a los treinta y tres años de edad. R. I. P.»



UNA MARSELLESA

Entonces vivía yo en Mazatlan (occidente de Méjico), en una casita de madera, en el paseo de las «Olas altas», con un hermano mío (que fatigado prematuramente, se fué, a poco, de la vida), y con dos amigos: un mazatleco y un francés.

Este francés—creo que si vive aún, como lo deseo y espero, será ya rico—había ido al bello puerto nuestro del Pacífico como empleado de una gran casa importadora y se apellidaba Gorius.

Tendría a lo sumo en aquella época veintitrés años, y padecía nostalgias de París (donde hasta entonces había vivido y trabajado), tan

grandes, tan hondas, que contagiaban los espíritus de sus amigos.

El mío no, porque ya de antaño estaba enfermo de lo mismo.

Yo siempre he tenido nostalgia de París.

A lo que parece, cuando nací, mi madre dijo a mis primas «que me habían traído de París».

Después yo lo contaba a mis hermanos menores, que pretendían, a su vez, haber venido de diversas partes.

A uno lo habían traído de Londres, a otro de Nueva York, a otro de la Gran China. Pero en cuanto a mí, todos sabían que me habían traído de París.

Y esto era cierto. Mi alma venía de Francia, no sé por qué caminos misteriosos, a través de quién sabe qué peregrinaciones obscuras.

Gorius y yo teníamos, por tanto, la misma nostalgia: sólo que la de él dimanaba de una separación reciente, y la mía de una ausencia de muchos años, quizá de muchos siglos.

¿No he dicho, por ventura, en alguna parte:

> Que yo en mis plegarias alcé con el druida
> En bosque sagrado Velleda me amó;
> fuí rey merovingio de testa florida,
> corona de hierro mi sien rodeó?...

En esto se aproximaba el 14 de Julio, y la nostalgia de Gorius iba encrespándose e invadiéndole toda el alma.

Se acordaba de aquellos bailes populares en las plazuelas y encrucijadas; de aquellos bailes locos, en que Julio fecundo, que hace más apetitosas a las mujeres, calentaba los corazones; de aquellos bailes estruendosos que pegan a los tristes la alegría de vivir.

Se acordaba de los desfiles radiantes de Longchamps.

Se acordaba del Luxemburgo en flor, de los plátanos y acacias joyantes y satinados; de Saint Cloud, de Saint Germain y Fontainebleau, donde, en el silencio de los bosques centenarios, marchan las parejas enlazadas...

Se acordaba de la cinta moaré del Sena que, en estío, rueda plácidamente sus ondas por entre palacios cercados de verdura, bajo penumbrosos puentes monumentales.

Se acordaba de las Tullerías asoleadas y vastas, donde ejércitos de niños juegan, al par que los simpáticos gorriones audaces, gnomos de París.

¿De qué no se acordaba Gorius?...

Y aquel pobre muchacho francés, casi perdido en la ciudad distante, donde había por cierto una colonia alemana nutrida y poderosa, era toda la Francia, como en los versos del Cyrano,

el pífano que se plañía en el campamento era toda la Gascuña.

❁

Tuve yo entonces, para regalar a mi amigo, una idea delicada y cordial.

La noche del 14 de Julio, había en la bella plaza de Machado una serenata, de esas serenatas mazatlecas, que congregan a diario a las divinas porteñas, vestidas de blanco y olientes a jazmines, a mujer y a mar: trinidad invencible de aromas.

Fuíme a ver al director de la orquesta, amigo mío, y le rogué que, cuando el paseo estuviese más animado, tocara la Marsellesa.

El me lo prometió, y yo a buena hora me llevé a Gorius a la plaza, sin decirle una palabra de mi proyecto.

Hablábamos, como siempre, de París.

Su nostalgia había crecido con el crepúsculo.

Un poco fatigados por el calor, nos sentamos en una banca, y frente a nosotros pasaban, en bandadas, las hermosas muchachas, vestidas de flotantes muselinas, moviéndose con esa cadencia muelle y blanda de la costa, que parece aprendida de la onda misma, de la onda, que también es mujer. ¿No dijo el poeta que la mujer era pérfida como la onda?

Y de pronto, cuando la animación llegaba al máximum, las notas resueltas, impetuosas, marciales, ¡eternas!, de la Marsellesa, sacudieron el aire...

Gorius, como electrizado, se puso en pie y yo me puse en pie también.

Se quitó el sombrero con movimiento trémulo, y yo también descubrí mi cabeza.

¿No es la Marsellesa el canto triunfal de todos los pueblos redimidos?

¡La Marsellesa, como el himno patrio, siempre debe oirse de pie!

Era inefable lo que pasaba por los húmedos ojos del amigo: pasaba la *fierté* de la raza, que tiembla y rojea, en la cresta del gallo galo; pasaban todas las ternuras, los amores todos. Pasaban las legiones de soldados que dominaron el mundo y las legiones de sabios, de artistas y de poetas que lo conquistaron definitivamente para la inteligencia...

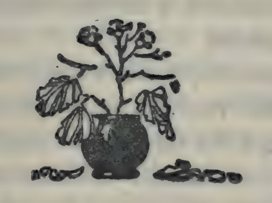
La mirada de mi amigo era ¡toda la Francia!, como el pífano de Cyrano era toda la Gascuña.

Los paseantes, las mujeres en especial, observábanle entre conmovidos y sorprendidos.

En los rostros de los alemanes mismos, que formaban buena parte de la concurrencia masculina, había una cortés simpatía para aquel muchacho que, erguido, altivo, con la

mirada centelleante, escuchaba el himno inmortal de la Patria Francesa, que es la gran Patria de la Humanidad.

Y yo, tan absorto como él y satisfecho de mi ingenuo complot, oía cantar la Marsellesa dentro de mi corazón.





MUERTO Y RESUCITADO

CONFIESO que cuando leí en el *Boletín de los Ejércitos* que yo había muerto en el campo de batalla, en uno de aquellos innumerables y cruentísimos ataques a la bayoneta, sentí una peregrina sorpresa.

No se me ocurrió, como a los héroes de las novelas cuando vuelven a la vida, palparme todo el cuerpo a fin de ver si soñaba. Pero la sensación experimentada era curiosa. ¿Sabéis qué clase de sensación era? Pues una sensación de alivio, muy semejante a la que debe experimentar, digo yo, el alma, cuando se siente desatada del cuerpo, su a veces insoportable compañero.

Recuerdo a este propósito haber leído lo que cierto yanqui nos cuenta de «su muerte». En cuanto el alma se desligó de la vida, al mirar «su cadáver» allí cerca, con la boca ridículamente abierta y los ojos turbios como los de

un pescado, se sintió infinitamente alegre, y púsose «a bailar» movida por el irresistible goce de la manumisión definitiva.

Desgraciadamente, según añade el mismo yanqui, los tozudos y antipáticos médicos lograron volverlo de lo que ellos en su ignorancia llamaban síncope, y la pobre alma, pájaro azul ya libre, tuvo que regresar a la maldita jaula de la carne...

—¡Pero nadie me quitó lo bailado!—pudo, sin duda, exclamar el paciente, aunque yo no sé si lo exclamó.

Claro que mi caso era distinto, distintísimo. Mi alma seguía unida a mi cuerpo (¡y que sea por muchos años!); pero yo sí quedaba como segregado del cuerpo social, o cuando menos del grupo social en que había vivido, y ello constituía un estado tan nuevo, tan original, tan pintoresco... como el del viejo Fausto rejuvenecido o el del joven Rip Rip, vuelto anciano por virtud de un largo..., ¡largo dormir!

❀

Allí, pegado a la borda del vapor que, lleno de fugitivos de todas nacionalidades, navegaba hacia Inglaterra, y donde un pasajero había dejado caer, cerca de mí, se diría que como para que yo lo leyera, el susodicho boletín que me revelara mi suerte, acaecida quince días an-

tes, yo, campantísimo, sorbía el enérgico y puro aire marino por todos mis poros.

¡Menuda gana tenía de morirme!

En Londres me bautizaría con un nombre cualquiera; diría que en la huída perdí mis papeles. Saldría del paso como pudiese... ¡y a vivir una vida nueva! Aquella mañana deliciosa, nacía yo otra vez.

¿Qué me había dado el mundo en mi vida «anterior»? Una mujer áspera, autoritaria, prematuramente gorda... y bigotuda. ¡Una suegra... peor que mi mujer! Pocos elementos de fortuna; tan pocos, que en una hora dada preferí los tres chelines y medio de paga, el te, la manteca, las carnes frías y demás substancioso rancho que se me proporcionaba en el ejército inglés como voluntario, a la estrechez en compañía de aquellas dos proserpinas, que, rentistas y todo, me exigían un trabajo horrible en mi perro oficio de periodista, para comprarse más trapos.

El matrimonio se había hecho, desgraciadamente, dentro del régimen de la separación de bienes, y, desgraciadamente también, mi mujer, que, cinco años antes era mi tipo—alta, delgada—, se había puesto a engrasar de tal modo, que la sombra que proyectaba a mi lado, sobre la acera, tapaba la mía, convirtiéndome o poco menos en el héroe de Chamisso.

¡Pero aquello se había acabado! ¡Como el mundo en su génesis, fresco, lozano y libre! ¡Libre sobre todo, a los treinta años (*nel mezzo del camin di nostra vita)* iba yo a echar borrón y cuenta nueva!

Allí estaba la página blanca, el segundo tomo de mi existencia, aún no desflorado.

Mi mujer, acaso en el momento de mi muerte, me encontraría cualidades que durante mi vida no acertó nunca a descubrir. Mi suegra tal vez le haría coro en su lamentación. Pensarían a renglón seguido en los lutos, discutiendo largamente con la modista... Después, ¡qué sé yo! Acaso algún infeliz caería en las redes de aquella robusta Felisa (tal era su nombre), y yo llegaría a profundidades del olvido conyugal, de las que no habría de salir sino muy de vez en cuando, a fin de que la viuda, vuelta a casar, diese conmigo difuntazos a mi sucesor:

—Aquél sí que era complaciente, no como tú. Aquél sería este servidor de ustedes, embellecido a los ojos de Felisa por la Muerte...

❧

Pero no terminaban aquí las perspectivas que el admirable pintor escenógrafo de mi imaginación iba pintando.

Un nuevo amor (¿por qué no?) asomaría tímidamente en mi existencia. Sería quizás una

inglesa... Se llamaría Elizabeth. Me llamaría *darling: my darling!* ¡Oh incorregible estupidez humana! ¿De que servía, pues, haber muerto, si era para volver a amar? (Los muertos de la poesía de Verlaine, responden al doncel simbólico, que con un pífano los despierta invitándolos a vivir y a amar de nuevo: —«¡Vivir, sí; pero amar, no!»... (¡Escarmentados estaban!)

—¡Ah!, pero Elizabeth—redargüía mi imaginación—no será como la Felisa. ¡El vino de su amor no se volverá vinagre! La buscarás, en primer lugar, sin suegra; en segundo lugar, como es inglesa, no engordará. En tercero, procurarás que sea rubia, a fin de que no eche bigote, ese malhadado bigote, incorregible (porque los depilatorios modernos desfiguran los labios: divinos agentes del beso)...

—¡Eso es! ¡eso es!—aprobaba yo—, porque en suma no se puede vivir sin afectos; y escrito está que el primer acto del hombre libertado ha de ser forjarse nuevas cadenas.

—Cadenas—replicaba mi imaginación—, cadenas, sí; pero «nuevas», tú lo has dicho, ¡nuevas! ¿Comprendes el prestigio de esta palabra? Nueva vida, nueva mujer; nuevo amor, nuevas cadenas.

❀

Un cantil amarillento, adusto, azotado por un

mar esquivo, de ambientes grises y apizarrados, se erguía ante el barco. En una depresión verde, mullida, un puerto, una ciudad de ladrillos humosos...

Llegábamos a Inglaterra, a la cuna de mi nueva existencia.

... De pronto, sentí una mano sobre el hombro y oí una estentórea voz hispano-americana, de esas que en el café de la Paix imponen su diapasón imperioso y hacen volver la cara a todo el mundo:

—¡Amigo Juan Pérez! ¡Qué cosa más admirable! ¡Y yo que le creía difunto! Y su mujer que acaba de repartir recordatorios...

Todo el mundo me miraba. Algunas gentes de habla española se habían acercado.

—Les presento al amigo Juan Pérez. Peleó como un héroe, ¿saben? Se le creía muerto, ¿saben? Le dieron la medalla militar a su viuda, que la colgó de su retrato, ¿saben?

Como el yanqui del cuento de marras, comprendí que el pájaro azul tenía que volver a su jaula... El pobre hombre, un momento manumiso, debía reintegrar su casillero social, los bigotes y la aspereza de su Felisa, la familiar acidez de su suegra.

¡A vivir la misma vida vieja, galeote! El Karma lo quería así... Forzado: a tus grillos...

Como decíamos ayer...



LOS MUDOS

Aquella tarde, en el paseo, llamó mi atención un grupo original.

Formábalo una mujer, joven aún, como de treinta y cinco años, en cuyas sienes ensortijábanse raros hilos de plata, y dos hombres como de treinta, altos, esbeltos, elegantes los tres.

La dama o señorita parecíaseles en extremo. Hubiera sido ocioso preguntar si eran hermanos y hermana.

Marchaban, ella entre los dos, silenciosamente, tanto que, según pude observar durante largo rato, no cruzaron una sola palabra.

Sus rostros impasibles tenían no sé qué rigidez en ellos, y en ella no sé qué expresión lejana y como nostálgica.

Ellos eran rubios, ella morena, con ojazos negros, luminosos y tristes.

El extraño grupo no se apartó de mi imaginación durante buena parte de la noche.

No creo exagerar si digo que a costa suya, y con ellos como esenciales personajes, forjé dos o tres novelas misteriosas y complicadas...

La realidad era, sin embargo, sencilla, como todas las realidades, y la supe pocos días después, en el salón de la marquesa de..., donde en calidad de compatriota fuí presentado a la mujer enigmática y estreché la diestra de sus hermanos silenciosos.

Sencilla era la realidad, sí, y conmovedora: aquella mujer, hermana, en efecto, de los dos jóvenes (gemelos éstos y sordomudos), pertenecía a una opulenta familia de la provincia mejicana. Era la mayor de la casa y, huérfana de madre desde temprana edad, hacía sus veces con los dos hermanos impedidos.

Cuando su padre estuvo en trance de morir, llamóla a su lecho y díjole:

—«Hija mía, voy a hacerte una súplica, a pedirte un sacrificio, acaso muy grande. Tú sabes cuánto quiero a Pedro y a Juan y cómo me inquieta su suerte. ¿Qué va a ser de ellos con su enfermedad, con ese muro impenetrable que los separa de la sociedad de sus semejantes y los deja inermes ante la lucha por la vida? No te cases, hija mía, hasta que estés segura de que no necesitan de ti. ¿Quieres darme esta

prueba de cariño, mi María, a fin de que yo muera en paz?»

Ella, rodeando suavemente con sus brazos la cabeza del moribundo, juró que así lo haría; aceptó, con ese espíritu de sacrificio innato en nuestras mujeres hispanoamericanas, la maternidad espiritual que se le confiaba.

❀

Pasaron los años. La mamita era adorada por los hermanos mudos, celosos de su nunca desmentida solicitud, a un punto tal, que ni un instante se separaban de ella en las horas hábiles, e iban a su lado, como dos graves custodios, en los paseos y reuniones.

... Pero un día, el amor llamó al corazón de aquella mujer.

El pretendiente era bueno, rico, gallardo, y la adoraba desde hacía tiempo, de lejos.

La mamita vaciló... Cierto que sus hermanos aún no habían cumplido la mayor edad y apenas podían valerse... pero aquel cariño era imperioso.

El, viéndola dudar, insistió. La pobre muchacha, ante las súplicas del hombre amado, debatíase penosamente. Al fin resolvió consultar con los mudos, recabar su consentimiento, pedirles que le devolviesen su derecho a ser feliz...

Mas apenas la hermosa mano alargada, la

fina y noble mano figuró las primeras letras del usual alfabeto del abate de l'Epée, por medio del cual se entendían, los mudos palidecieron hasta la muerte, cayeron de rodillas a sus pies, asiéronse a sus ropas, y, con inarticulados y discordantes gritos de guturales rispideces y con ojos enormemente abiertos en que se leían la ira, el espanto, los celos, imploraron de la vestal que siguiese siéndolo hasta el fin...

Sus almas enfermas, medrosas y pueriles, temblaban convulsivamente en cada uno de los miembros de sus cuerpos.

María tuvo piedad... Cerró los ojos; irguió la cabeza; apretó con sus manos frías de angustia las manos convulsas y febriles de los gemelos... y éstos comprendieron con regocijado egoísmo de seres débiles, que estaban salvados, que el sacrificio se consumaba definitivamente...

Siguió el tiempo devanando su hilo misterioso, y aquella trinidad peregrina continuó en aparente calma por el sendero de la vida... no sin que en los ojos de ellos brillase el recelo a la menor mirada curiosa o tierna dirigida a María, no sin que los tristes y radiosos ojos de ella se clavasen de vez en cuando en una vaga e inaccesible lontananza, como para columbrar el Ideal perdido...



LA ALABANZA

El pícaro egoistón sabía de sobra lo que valía su mujer; pero se cuidaba desesperadamente de decirlo a nadie, y mucho menos a ella misma.

—«Para mí solo—pensaba—: para mí solo esa gracia inefable que fluye de cada uno de sus movimientos, que florece en cada una de sus sonrisas. Para mí solo ese ritmo suave del andar. Para mí la entonación deliciosa de su voz. Para mí sus cualidades de ama de casa insustituíble, y todos sus encantos secretos y todas las armonías ocultas de su cuerpo y de su alma...»

Como vivían aislados, por tendencia invencible de carácter en los dos, el «usufructo», llamémosle así, de cuanto valía Elena, era de

Manuel. Nadie podía siquiera rendir a aquella mujer excepcional el elogio secreto que se imponía al alma en cuanto se la trataba.

La vanidad femenina—o la intuición—tienen empero, han tenido siempre, grandes aciertos, y es claro que Elena sabía que era graciosa, que era discreta, que valía mucho. Pero como jamás una alabanza de su marido (a quien adoraba), ni un cumplido de los extraños, a quienes no veía casi, venían a corroborar su interior dictamen; como Manuel, por otra parte, era el espejo por excelencia en que ella se veía, acabó la pobre por dudar de sus encantos y hasta por olvidar que los tenía.

Iba viviendo como una Cenicienta, a quien ningún príncipe había rendido aún homenaje, a quien ninguna admiración había revelado todavía la maravillosa pequeñez de su chapín de cristal.

¡Cómo gozaba el egoistón cada vez que un encanto nuevo surgía a flor de piel en aquella rosa divina!

Tal inflexión, hasta entonces no oída, de la voz; tal cadencia no escuchada aún en el cristal de la risa; tal gallardía no vista del movimiento; tal gesto antes no percibido, llenábanle de satisfacción infinita.

—«¡Para mí solo! ¡para mí solo en la intimidad absoluta de mi hogar!... Esto nadie lo ve,

esto nadie lo sabe, esto nadie lo cata ni embelesa a nadie: «¡¡para mí solo!!»—repetía.

Y con el miedo infame de que ella se diese cuenta de la admiración que inspiraba y «se ensoberbeciese», a veces, ante las gracias más impensadas y arrobadoras, se acorazaba él de frialdad.

—«¡Se diría que te fastidio!»—insinuó ella tristemente, en cierta ocasión, cuando, después de narrar a su marido con encanto infinito algunas sencillas escenas de su infancia, sólo halló por respuesta una como vaga sonrisa deferente.

Y el odioso egoísta, en vez de caer a sus plantas, de abrazarse a sus rodillas, de decirle: —«¡Al contrario, bien mío, me embelesas, eres adorable en todo; te idolatro!», se contentó con un: «¡Ah! ¡no por cierto!» de leve sorpresa cortés.

... Pero el castigo no se hizo esperar. ¡Oh!, Dios mío, cuando los hombres no aprecian tus dones más preciosos, Tú no te enojas, no: se los retiras simplemente, porque no conviene «arrojar margaritas a los cerdos».

Y Elena cayó enferma y su enfermedad fuése agravando... agravando.

Entonces el egoistón aquel se volvió loco. ¡Perder tamaña maravilla! ¡Ver secarse tan milagroso lirio! ¡Comprender como nadie el valor

portentoso de aquel ser, todo hecho de gracias, y entregárselo para siempre a la muerte!

¡Oh, sí, el castigo fué proporcionado a la culpa!

Vínole entonces el tardío, pero, por eso mismo, imperioso deseo de hacer justicia, y en un momento en que la enferma estaba serena, reclinada en sus almohadones, mirándole con aquellos sus santos ojos claros y grandes, llenos ya del invasor misterio de la muerte, él se arrodilló a los pies de la cama, cogióle la diestra afilada y temblorosa, besóla con transporte y exclamó:

—Amor mío, es preciso que vivas para que yo te quiera más que nunca y te mime más que nunca y te diga todo lo que eres, todo lo que has sido para mí, el culto celeste que te rendí siempre en lo vedado de mi alma, la estimación sin límites en que tuve tus menores actos... Amor mío, yo no he sido más que un espejo que recibe en su hondura todos los detalles de una imagen y que milagrosamente se regocija de ellos, pero que no responde a aquel don sino con su aparente serenidad de cristal. Nadie te ha amado como yo y nadie ha aquilatado más todas tus gracias. Llena de gracia eres y derramando gracias has pasado por mi existencia. Todos mis instantes te han dicho: «¡bienvenida!» Todas mis horas te bendijeron, amor...

Pero tuve miedo—un miedo espantoso de perderte si te mostraba esta adoración—. Te juzgué capaz de un envanecimiento natural; temblé ante la idea de que me hallases inferior a la excelencia que yo confesaba en ti... y callé, callé cobardemente, callé con un goce íntimo y celoso, de todos los minutos... ¡Estos labios que tantas veces debieron cantar tus alabanzas, se volvieron de piedra para el elogio; ellos que eran tan ávidos para la caricia! ¡Perdón, amor, perdón, y vive! Es fuerza que vivas. No te vayas, tú, el más alto, el más noble, el más puro e inmerecido galardón de mis días. Vive y yo iré diciendo por todas partes tus loores. Vive y te escribiré un libro; un libro para ti sola; un libro digno—te lo juro—de ti.

Los sollozos dijeron lo demás.

Ella apartó suavemente su diestra de la mano trémula de su marido y la posó en la cabeza de éste, con movimiento de ternura casta y discreta. Llena ya de esas justas y sosegadas apreciaciones que da la muerte:

—«Hijito—dijo poniendo una indecible ternura de maternidad espiritual en su voz—, no te tortures así. Yo no tenía quizá más encanto que el que me daba tu cariño, y, si lo tuve, volverá al venero eterno de donde manan todas las bellezas y todos los bienes. Si tú fuiste un cristal, yo no fuí sino el reflejo de una luz.

Cuando me haya muerto, escribe, sin embargo, el libro. Yo ya no podré envanecerme de él aunque me fuese dado leerlo, invisiblemente, sobre tu hombro; pero Dios será loado en una de sus criaturas.

Y no dijo más; pero en su mirada, en que luchaban ya la luz y las sombras, tembló la última lágrima, como postrer piedra preciosa del collar de aquella vida incomparable.





EL MAYUSCULISMO

Mi amigo sufre una rara enfermedad.

Esta enfermedad no tiene nombre aún; pero voy a dárselo: se llama o se llamará, si el nombre se acepta y corre buena fortuna, el mayusculismo.

El mayusculismo es la tendencia a escribir con mayúscula una infinidad de palabras que no la necesitan. Es decir, que no la necesitan para el común de los hombres. Porque sí la necesitan para los seres excepcionales que infunden a las palabras un alma misteriosa y tenue.

Yo digo, por ejemplo: «La Noche estaba saturada de Arcanos».

Todo caletre medianamente listo comprende que esa noche con mayúscula no es simplemente el fenómeno astronómico que consiste

en que la joroba de la vieja tierra nos tape el sol...

No es tampoco ese túnel por el que, según la audaz expresión de Jules Renard, pasamos todos los días... ¡Digo, todas las noches!

La noche de que habla al mayusculista es una entidad, es una entelequia... y su mayúscula inicial debe ser una mayúscula trascendente.

(Por lo demás, ¡quién no escribe con mayúscula, por ejemplo, la Noche en que fué amado!)

El sustantivo para un mayusculista casi nunca es común, aun tratándose de los más corrientes sustantivos.

Es absurdo—según él—escribir con minúscula los meses, como lo hacen de preferencia los académicos.

No hay un Enero igual a otro, no sólo desde el punto de vista meteorológico, sino desde el punto de vista astronómico.

❁

La tierra jamás ha andado dos años el mismo camino: ya nunca pasará por donde ha pasado hoy, aunque amontonéis siglos y milenarios.

Pues históricamente, ¿cómo va a ser un Enero igual a otro Enero?

Y para quienes vamos viviendo esos Eneros, ¡qué diferencia!

«Da un paso el tiempo y las generaciones desaparecen», dijo Chateaubriand.

De un Enero a otro no hay ni la trigésima parte de un paso de tiempo (suponiendo que cada paso equivalga a una generación). Y, sin embargo, ¡cuántas caras sonrientes o dolorosas se han desvanecido en la sombra! ¡Cuántas tristezas más! ¡Cuántas esperanzas menos!

El Hijo, que aún no era promesa en el Enero pasado, en este Enero chilla y se debate ya, porque la Mano (con mayúscula) del sembrador de Vidas (con mayúscula) lo arrojó al planeta.

En cambio, el niño que llenaba de risas el ambiente de nuestra casa en el pasado Enero, en éste ya no existe, ya se diluyó como una gotita diáfana en el Océano (con mayúscula) de la Eternidad (con mayúscula).

Cierto es que vosotros sois inmortales y que los eneros (con minúscula) nada pueden traer ni quitar a vuestra sosegada inmutabilidad.

Pero el mayusculista dice que él es efímero y dice que todas las cosas y todos los fenómenos de la vida son individuales, son sustantividades, impermutables, tienen una fisonomía peculiar, un alma, en fin, muy suya...

Cierto... suele acontecer que acaba el mayusculista por despeñarse en ese plano inclinado que lleva de una simple tendencia a una

manía y de una manía a un morbo en toda regla, y entonces viene el mayusculismo agudo a que me refería yo al principio de estas líneas.

❁

Mi amigo adolece de la enfermedad en grado tal, que mutila, por ejemplo, la mayúscula a los nombres propios de personas—que, según él, no merecen tener individualidad—y mayusculiza, en cambio, nombres de cosas que quizá no requieran tamaño honor.

Escribe, por ejemplo, a su criado:

«paco: mándame las Cartas que hayan llegado para Mí.»

Porque dice que Paco se llama cualquiera, mientras que cada carta es un ramillete de ideas, de afectos, de deseos; es un alma; es el pensamiento de un amigo en la blanca ánfora de un sobre...

Si se le dijese que escribiera esta orden que sale frecuentemente de sus labios:

«Paco, tráeme un vaso de agua», él escribiría así: «paco, tráemé un Vaso de Agua...»

El Vaso es una individualidad; el Agua, más aún. En cuanto al pobre paco, no es más que un galleguito analfabeto (aunque honrado) de los alrededores de Pontevedra.

Llevado el mayusculismo a este extremo es

grave, y aconsejo a mis amigos los poetas que procuren evitarlo.

«Uno» se enferma; pero, como sanar, no sana «uno» jamás.

La congestión mental de mayúsculas todavía no está estudiada y da pie con raya a todas las psícosis modernas.





LA SERPIENTE QUE SE MUERDE LA COLA (1)

Me pasa frecuentemente, doctor—dijo el enfermo—, que al ejecutar un acto cualquiera, paréceme como que ya lo he ejecutado.

No sé si usted experimenta alguna vez esta sensación tan rara y penosa. Hay amigos que me afirman, quizá por consolarme, que a ellos les sucede otro tanto, de vez en cuando. Pero en mí, el caso es frecuentísimo. Hablo, y apenas he pronunciado una frase, recuerdo, con vivacidad punzante, que ya la he pronunciado otra vez. Veo un objeto, e instantáneamente me doy cuenta de que ya lo he mirado de la

(1) Este cuento fué publicado en *El Imparcial*, de México, en Enero de 1912. A fin de 1913 se publicó en París *L'eternel Retour*, de Jules Bois, que trata bellamente el mismo problema.—*(N. del A.)*

misma suerte, con la misma luz, en el mismo sitio... Le aseguro, doctor, que esto se vuelve insoportable. Acabaré en un manicomio...

Ahora mismo—prosiguió—siento, recuerdo, estoy seguro de que ya, en otra u otras ocasiones, he descrito mi enfermedad a usted; sí, a usted, en iguales términos, en la misma habitación esta... Usted sonreía, como sonríe ahora. ¡Es horrible! Hasta el chaleco de piqué labrado que lleva usted lo llevaba entonces. Todo igual.

La teoría de las reëncarnaciones pudiera dar una sombra de explicación al caso; pero sólo una sombra; porque si he vivido ya otras vidas, han sido diferentes... en distintas épocas, con distintos cuerpos. ¿Por qué entonces veo las mismas cosas?

El doctor se acarició la barba (que usaba en forma de abanico). Esto de acariciarse la barba es un lugar común que viene muy bien en las narraciones...Se acarició la barba y empezó así:

—El caso de usted, amigo mío, es demasiado frecuente, aunque en esta vez acuse una intensidad poco común, y tiene dos explicaciones: una fisiológica y otra filosófica. Según la primera, su sensorio de usted, instantánea, mecánicamente, registra los fenómenos exteriores que le transmiten las neuronas. Lo que usted ve u oye, queda fijado en su cerebro con rapi-

dez extraordinaria, gracias a una sensibilidad especial; pero queda registrado, sin que usted se dé cuenta de ello. Ahora bien; después de este registro (una fracción de segundo después) usted se entera de que ve un objeto, de que oye una frase, ya vistos y oídos a hurtadillas de su conciencia. Entonces, naturalmente, la memoria de usted se acuerda de la impresión anterior (aunque sea en esa fracción de segundo) a la otra, y este recuerdo le proporciona a usted la sensación de duplicidad de que me habla (1).

Por tanto—concluyó el doctor—no debe alarmarse. El fenómeno, en suma, sólo prueba la excelente conductibilidad de sus células nerviosas, la diligencia con que se opera la transmisión de sensaciones entre los sentidos y el cerebro, y significa que tiene usted una naturaleza privilegiada, que responde admirablemente a toda solicitud exterior.

El enfermo, visiblemente tranquilo, dejó oir un suspiro de satisfacción.

—¿Y la segunda explicación, doctor?—preguntó.

—La segunda explicación es un poco más

---

(1) Sir James Crichton Browe designa con el nombre de «estados hipnoides» (dreamy states) esta repentina invasión de una vaga reminiscencia, que es la sensación de un desenvolvimiento misterioso de la realidad... William James, *La experiencia religiosa*.

honda... Nos la da todo un sistema filosófico, cuyos patrocinadores han sido hombres de la talla de un Federico Nietzsche, un Gustavo Lebon y un Blanqui.

Puede sintetizarse así: «Dado que el tiempo es infinito, y que el número de átomos de que se compone la materia es limitado, se deduce que los mismos sistemas de combinaciones deben fatalmente reproducirse»; es decir, que el sistema de combinaciones que, al cabo de más o menos milenarios, le permitió a usted nacer y vivir, tiene que volverse a dar *a fortiori*, al cabo de un número *n* de siglos, de milenarios, de períodos, de ciclos, de lo que usted guste, ya que, matemáticamente, esas combinaciones, por numerosas que usted las suponga, no son infinitas. ¿Me entiende usted?

—Sí, doctor, perfectamente; pero eso que usted dice es estupendo.

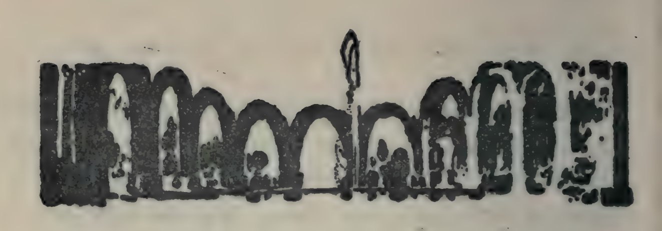
—Estupendo y lógico, amigo mío.

El gran Flammarión, en una de sus más sugestivas páginas, supone que, dada la infinidad de mundos, puede formarse en la infinidad del espacio un planeta idéntico al nuestro, donde acontezcan idénticas cosas; que pase por idénticos períodos geológicos, para reproducir la historia de los hombres, sin una tilde de menos. En ese planeta vuelven a guillotinar a Luis XVI, el 21 de Enero de 1793.

... Pero no es necesario ampliar la hipótesis. La teoría ortodoxamente científica, absolutamente matemática de lo limitado de las combinaciones atómicas, nos lleva, aun sin salir de este mundo que habitamos, a la inevitable conclusión de que el concurso de infinitamente pequeños que, dadas tales o cuales circunstancias produjo al hombre llamado Pedro o Juan, ha producido ese mismo hombre *n* veces en la sucesión de los tiempos... y lo producirá todavía...

Así, pues, usted como yo, como todos, ha vivido, quién sabe cuántas veces, la misma vida, y la ha de vivir aún, en el eterno recomenzar de los siglos, simbolizado por la serpiente que se muerde la cola...

Pero—exclamó el doctor—basta por hoy de filosofías. Necesita usted alimentarse bien y a sus horas. Son ya las ocho. Vaya a tomarse los mismos huevos pasados por agua y la misma leche que se ha bebido usted en tantas otras existencias idénticas.



BUQUINEANDO

Bouquin» quiere decir (entre otras cosas, porque tiene acepciones menos nobles) libro viejo. «Bouquiner», por tanto, significa buscar, comprar, leer libros viejos.

Mi proverbial ignorancia de la «lengua vernácula» me impide dar aquí un verbo que traduzca exactamente el infinitivo «bouquiner». Allá los filólogos. Yo me limito por ahora a decir «buquinear», castellanizando para uso excluxivo de esta historia el verbo francés y para no incurrir en algún «bibliotequear» de mi invención y cosecha, el cual, por esta sola circunstancia, sería vitando.

Uno de los pequeños placeres de París es, pues, «buquinear» a la orilla del Sena. A todo lo largo de los muelles, desde el puente de la Concordia, subiendo hacia el Jardín de Plantas,

se extienden por ambos lados pequeñas alacenas repletas de libros viejos o de ocasión, desde cinco céntimos el ejemplar. Hay también estampas, medallas, gemas, útiles de escritorio... ¡qué sé yo! Es aquello a modo de baratillo, frecuentadísimo por bibliómanos y coleccionistas, como todo el mundo lo sabe.

De las dos manías adolezco yo, y durante mis breves estadas en París, quien me buscase tendría muchas probabilidades de encontrarme por allí, a la siesta, hurgando papeles, sin curarme de los cierzos invernizos, que a todo lo largo del río vienen aleando y encarnizándose con las mejillas y la nariz de los transeuntes.

Como confortable aquel sitio no lo es; pero el coleccionista, el divagador o «flaneador», viven horas de absorción, de embelesamiento, que serían nirvánicas si sobre ellas no flotase una íntima conciencia del yo, curioso y satisfecho.

No sé quién me contó (ni si será cierto) que el conde Kostia, nuestro viejo conocido, llegó en una ocasión a París, entró al hotel, dejó su saco de mano, fuése a los muelles a buquinear todo el día, y al siguiente se volvió a La Habana...

Yo comprendo al conde Kostia...

Es muy raro dar en los muelles con una primera o segunda edición del *Quijote*, con un incunable o siquiera con un ejemplar antiguo de la *Grandeza y decadencia de los romanos*.

Tan raro es, que nadie da con eso. Los prenderos y baratilleros de París saben más de lo que les han enseñado. Pero sí topa uno a veces con curiosidades que para los contemplativos tienen su encanto.

Yo, por ejemplo, encontré recientemente un libro de versos, dedicado con su respectivo autógrafo y sin desflorar. Eso nada tiene de raro. De sobra sabemos que la casi totalidad de los libros que enviamos con melifluas dedicatorias a los amigos, cuando bien nos va, se quedan sin abrir, y cuando nos va mal, con autógrafo y todo, paran en un puesto de libros viejos.

Pero aquél de que hablo, colección de versos franceses, compuestos por no sé qué poetisa rumana, búlgara o servia (callemos pudorosos su nacionalidad), además de la dedicatoria llevaba una carta entre sus páginas, las cuales le habían formado como una bolsa, por estar abierta sólo en una de las aristas. Y esa carta, dirigida a una grande y notoria personalidad del París literario hacía ya más de veinte años, decía:

«Cher Maître:

»Vous avez bien voulu me promettre jadis, dans une soirée memorable, chez le roi Hugo, vous occuper de mon premier livre de poèmes, dont vous avez daigné lire le manuscrit.

»Le voici donc le pauvre petit livre, qui vient

vers vous plein d'espoir et d'humbles hommages.

»Acceptez-le et dites le mot qui consacre, le mot genereux qui devient une aureole...

»Votre..., etc.»

El *cher maître* ni siquiera había presentido la afectuosa y humilde súplica.

Y pensé en el esfuerzo enorme de la pobre mujer para enhebrar aquellas estrofas en un idioma extranjero; pensé en el verberar de su pobre alma ilusa, impaciente de gloria; en su esperanza de que una palabra de consagración venida de tan alto la impusiese por un momento siquiera a ese París inmenso tan amado, ¡ay!, por todos los que procuramos crear ideal, belleza, ensueño, y al cual tantos hemos ido a pedir en vano una palabra de fraternidad mental, de aliento, de fe...

En esto pensé, y adquirido el libro por unos cuantos céntimos, púselo en un sobre con la carta muy visible, y escribí otra, poco más o menos, así concebida:

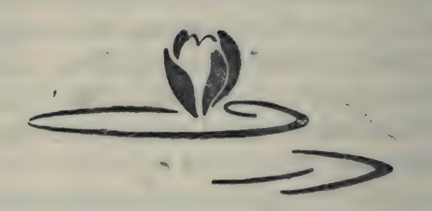
«Cher Maître:

»Voici une lettre qui aura voyagé plus de vingt ans, pour meriter d'etre lue. Peut etre celle qui l'a ecrit est morte dejà... Mais son âme, par la main d'un inconnu, frappe à votre porte.

»Ouvre lui! Il est encore temps de tenir une promesse lointaine.

»Un bouquiniste.»

Y contento como si hubiese ejecutado una buena acción, fuí a echar mi paquete, certificado, al correo.





EL «ANGEL CAIDO»

CUENTO DE NAVIDAD, DEDICADO A MI SOBRINA MARIA DE LOS ANGELES.

Érase un ángel que, por retozar más de la cuenta sobre una nube crepuscular teñida de violetas, perdió pie y cayó lastimosamente a la tierra.

Su mala suerte quiso que, en vez de dar sobre el fresco césped, diese contra bronca piedra, de modo y manera que el cuitado se estropeó un ala, el ala derecha, por más señas.

Allí quedó despatarrado, sangrando, y aunque daba voces de socorro, como no es usual que en la tierra se comprenda el idioma de los ángeles, nadie acudía en su auxilio.

En esto acertó a pasar no lejos un niño que

volvía de la escuela, y aquí empezó la buena suerte del caído, porque como los niños sí suelen comprender la lengua angélica (en el siglo XX mucho menos, pero en fin...) el chico allegóse al mísero, y sorprendido primero y compadecido después, tendióle la mano y le ayudó a levantarse.

Los ángeles no pesan, y la leve fuerza del niño bastó y sobró para que aquél se pusiese en pie.

Su salvador ofrecióle el brazo y vióse entonces el más raro espectáculo: un niño conduciendo a un ángel por los senderos de este mundo.

Cojeaba el ángel lastimosamente, ¡es claro! Acontecíale lo que acontece a los que nunca andan descalzos: el menor guijarro le pinchaba de un modo atroz. Su aspecto era lamentable. Con el ala rota dolorosamente plegada, manchado de sangre y lodo el plumaje resplandeciente, el ángel estaba para dar compasión.

Cada paso le arrancaba un grito; los maravillosos pies de nieve empezaban a sangrar también.

—No puedo más—dijo al niño.

Y éste, que tenía su miaja de sentido práctico, respondióle:

—A ti (porque desde un principio se tutearon) a ti lo que te falta es un par de zapatos. Vamos a casa, diré a mamá que te los compre.

—¿Y qué es eso de zapatos?—preguntó el ángel.

—Pues mira—contestó el niño mostrándole los suyos—; algo que yo rompo mucho y que me cuesta buenos regaños.

—Y yo he de ponerme eso tan feo...

—Claro... ¡o no andas! Vamos a casa. Allí mamá te frotará con árnica y te dará calzado.

—Pero si ya no me es posible andar... ¡cárgame!

—¿Podré contigo?

—¡Ya lo creo!

Y el niño alzó en vilo a su compañero, sentándolo en su hombro, como lo hubiera hecho un diminuto San Cristóbal.

—¡Gracias!—suspiró el herido—; qué bien estoy así... ¿Verdad que no peso?

—¡Es que yo tengo fuerzas!—respondió el niño con cierto orgullo y no queriendo confesar que su celeste fardo era más ligero que uno de plumas.

En esto se acercaban al lugar, y os aseguro que no era menos peregrino ahora que antes el espectáculo de un niño que llevaba en brazos a un ángel, al revés de lo que nos muestran las estampas.

Cuando llegaron a la casa, sólo unos cuantos chicuelos curiosos les seguían. Los hombres, muy ocupados en sus negocios, las mujeres

que comadreaban en las plazuelas y al borde de las fuentes, no se habían percatado de que pasaban un niño y un ángel. Sólo un poeta que divagaba por aquellos contornos, asombrado, clavó en ellos los ojos y sonriendo beatamente los siguió durante buen espacio de tiempo con la mirada... Después se alejó pensativo...

Grande fué la piedad de la madre del niño cuando éste le mostró a su alirroto compañero.

—¡Pobrecillo!—exclamó la buena señora—; le dolerá mucho el ala, ¿eh?

El ángel, al sentir que le hurgaban la herida, dejó oir un lamento armonioso. Como nunca había conocido el dolor, era más sensible a él que los mortales, forjados para la pena.

Pronto la caritativa dama le vendó el ala, a decir verdad con trabajo, porque era tan grande que no bastaban los trapos, y más aliviado, y lejos ya de las piedras del camino, el ángel pudo ponerse en pie y enderezar su esbelta estatura.

Era maravilloso de belleza. Su piel translúcida parecía iluminada por suave luz interior y sus ojos, de un hondo azul de incomparable diafanidad, miraban de manera que cada mirada producía un éxtasis.

◉

—Los zapatos, mamá, eso es lo que le hace falta. Mientras no tenga zapatos, ni María ni yo





(María era su hermana) podremos jugar con él—dijo el niño.

Y esto era lo que le interesaba sobre todo: jugar con el ángel.

A María, que acaba de llegar también de la escuela, y que no se hartaba de contemplar al visitante, lo que le interesaba más eran las plumas; aquellas plumas gigantescas, nunca vistas, de ave del Paraíso, de quetzal heráldico... de quimera, que cubrían las alas del ángel. Tanto que no pudo contenerse, y acercándose al celeste herido, sinuosa y zalamera, cuchicheóle estas palabras:

—Di, ¿te dolería que te arrancase yo una pluma? La deseo para mi sombrero...

—Niña—exclamó la madre, indignada, aunque no comprendía del todo aquel lenguaje.

Pero el ángel, con la más bella de sus sonrisas, le respondió extendiendo el ala sana.

—¿Cuál te gusta?

—Esta tornasolada...

—¡Pues tómala!

Y se la arrancó resuelto, con movimiento lleno de gracia, extendiéndola a su nueva amiga, quien se puso a contemplarla embelesada.

No hubo manera de que ningún calzado le viniese al ángel. Tenía el pie muy chico, y alargado en una forma deliciosamente aristocrática, incapaz de adaptarse a las botas america-

nas (únicas que había en el pueblo), las cuales le hacían un daño tremendo, de suerte que claudicaba peor que descalzo.

La niña fué quien sugirió, al fin, la buena idea:

—Que le traigan—dijo—unas sandalias. Yo he visto a San Rafael con ellas, en las estampas en que lo pintan de viaje, con el joven Tobías, y no parecen molestarle en lo más mínimo.

El ángel dijo que, en efecto, algunos de sus compañeros las usaban para viajar por la tierra; pero que eran de un material finísimo, más rico que el oro, y estaban cuajadas de piedras preciosas. San Crispín, el bueno de San Crispín, fabricábalas.

—Pues aquí—observó la niña—tendrás que contentarte con unas menos lujosas, y déjate de santos si las encuentras.

■

Por fin, el ángel, calzado con sus sandalias y bastante restablecido de su mal, pudo ir y venir por toda la casa.

Era adorable escena verle jugar con los niños. Parecía un gran pájaro azul, con algo de mujer y mucho de paloma, y hasta en lo zurdo de su andar había gracia y señorío.

Podía ya mover el ala enferma, y abría y ce-

rraba las dos con movimientos suaves y con un gran rumor de seda, abanicando a sus amigos.

Cantaba de un modo admirable, y refería a sus dos oyentes historias más bellas que todas las inventadas por los hijos de los hombres.

No se enfadaba jamás. Sonreía casi siempre, y de cuando en cuando se ponía triste.

Y su faz, que era muy bella cuando sonreía, era incomparablemente más bella cuando se ponía pensativa y melancólica, porque adquiría una expresión nueva que jamás tuvieron los rostros de los ángeles y que tuvo siempre la faz del Nazareno, a quien, según la tradición, «nunca se le vió reir y sí se le vió muchas veces llorar».

Esta expresión de tristeza augusta fué, quizá, lo único que se llevó el ángel de su paso por la tierra...

❁

¿Cuántos días transcurrieron así? Los niños no hubieran podido contarlos; la sociedad con los ángeles, la familiaridad con el Ensueño, tienen el don de elevarnos a planos superiores, donde nos sustraemos a las leyes del tiempo.

El ángel, enteramente bueno ya, podía volar, y en sus juegos maravillaba a los niños, lanzándose al espacio con una majestad suprema; cortaba para ellos la fruta de los más altos

árboles, y, a veces, los cogía a los dos en sus brazos y volaba de esta suerte.

Tales vuelos, que constituían el deleite mayor para los chicos, alarmaban profundamente a la madre.

—No vayáis a dejarlos caer por inadvertencia, señor Angel—gritábale la buena mujer—. Os confieso que no me gustan juegos tan peligrosos...

Pero el ángel reía y reían los niños, y la madre acababa por reir también, al ver la agilidad y la fuerza con que aquél los cogía en sus brazos, y la dulzura infinita con que los depositaba sobre el césped del jardín... ¡Se hubiera dicho que hacía su aprendizaje de Angel Custodio!

—Sois muy fuerte, señor Angel—decía la madre, llena de pasmo.

Y el ángel, con cierta inocente suficiencia infantil, respondía:

—Tan fuerte, que podría zafar de su órbita a una estrella.

Una tarde, los niños encontraron al ángel sentado en un poyo de piedra, cerca del muro del huerto, en actitud de tristeza más honda que cuando estaba enfermo.

—¿Qué tienes?—le preguntaron al unísono.

—Tengo—respondió—que ya estoy bueno; que no hay ya pretexto para que permanezca con vosotros...; ¡que me llaman de allá arriba, y que es fuerza que me vaya!

—¿Que te vayas? ¡Eso, nunca!—replicó la niña.

—¡Eso, nunca!—repitió el niño.

—¿Y qué he de hacer si me llaman?...

—Pues no ir...

—¡Imposible!

Hubo una larga pausa llena de angustia.

Los niños y el ángel lloraban.

De pronto, la chica, más fértil en expedientes, como mujer, dijo:

—Hay un medio de que no nos separemos...

—¿Cuál?—preguntó el ángel, ansioso.

—Que nos lleves contigo.

—¡Muy bien!—afirmó el niño palmoteando.

Y con divino aturdimiento, los tres pusiéronse a bailar como unos locos.

Pasados, empero, estos transportes, la niña quedóse pensativa, y murmuró:

—Pero ¿y nuestra madre?

—¡Eso es!—corroboró el ángel—; ¿y vuestra madre?

—Nuestra madre—sugirió el niño—no sabrá nada... Nos iremos sin decírselo..., y cuando esté triste, vendremos a consolarla.

—Mejor sería llevarla con nosotros—dijo la niña.

—¡Me parece bien!—afirmó el ángel—. Yo volveré por ella.

—¡Magnífico!

—¿Estáis, pues, resueltos?

—Resueltos estamos.

❀

Caía la tarde fantásticamente, entre niágaras de oro.

El ángel cogió a los niños en sus brazos, y de un solo ímpetu se lanzó con ellos al azul luminoso.

La madre en esto llegaba al jardín, y toda trémula vióles alejarse.

El ángel, a pesar de la distancia, parecía crecer. Era tan diáfano, que a través de sus alas se veía el sol.

La madre, ante el milagroso espectáculo, no pudo ni gritar. Quedóse alelada, viendo volar hacia las llamas del ocaso aquel grupo indecible, y cuando, más tarde, el ángel volvió al jardín por ella, la buena mujer estaba aún en éxtasis.



LOS CONGELADOS

Exclamó el joven sabio:

—¡La vida! ¡Y qué sabemos nosotros de lo que es la vida, amigo mío!... ¿Usted ha visto, sin duda, funcionar esos populares aparatos que se llaman ventiladores, y que se mueven en un perenne vértigo, refrescando el ambiente caliginoso de los cafés? ¡Quién no los conoce! Trátase de dos simples hélices cruzadas, que por medio de un sencillo mecanismo giran, agitando el aire. Para ponerlas en movimiento basta meter la clavija (que está al cabo de un flexible metálico envuelto en hilo de algodón) en el enchufe. El flúido corre a través del flexible, y el aparato se echa a girar. Quita usted la clavija; cesa el flúido de comunicar movimiento a la pequeña máquina; las hélices se paran..., y el aparato es como un cuerpo sin vida. Si lo deja-

mos allí indefinidamente, acabará por orinecerse. Después será inútil comunicarle nuevo flúido. Pero mientras esto no suceda, cuantas veces se produzca el contacto de la clavija y el enchufe, el pequeño organismo funcionará...

Pues bien, amigo mío; la vida no es ya para la Ciencia más que algo semejante a ese flúido eléctrico; es decir, una de las fuerzas constantes de la Naturaleza. Por causas casi siempre conocidas, el flúido, la bienhechora corriente vital, se suspende, y se para la máquina. Pero es posible, dentro de los modernos conocimientos, aplicarle de nuevo la corriente y hacerla moverse otra vez... Sólo que hasta hoy era preciso intentar luego la resurrección, en vista de que el cuerpo humano se descompone con más rapidez que la máquina de que hablamos, y una vez descompuesto es imposible todo tanteo. Felizmente, los últimos experimentos de Raúl Pictet, mi maestro muy querido, con el cual trabajo ahora aquí mismo, abren posibilidades sin límites a este respecto.

¿Quizá habrá leído usted los milagros que mi maestro ha podido realizar con los peces? Imagínese usted una pecera que, por determinados procedimientos, se va paulatinamente helando, primero, a cero grados; después, a temperaturas de 20 y aun 30 grados. A los primeros síntomas de frío los peces suspenden todo movi-

miento. ¡Luego quedan presos en el hielo y acaban por morir!

A esas temperaturas de 20 y 30 grados, el pez no es ya más que un «bibelot» cristalizado, que se quiebra con suma facilidad, pudiéndose reducirlo con los dedos a pequeños fragmentos.

Pero—y aquí empieza lo maravilloso—después de un tiempo indefinido, durante el cual naturalmente se ha tenido la precaución de conservar la bajísima temperatura de la pecera, se deja a ésta paulatinamente licuarse; el agua, con suma lentitud, va deshelándose; vuelven los peces a flotar en ella y de pronto empiezan a moverse y a nadar como si tal cosa, agitando sus aletas con el elegante ritmo habitual (1).

El joven sabio hizo una pausa, durante la

---

(1) Casi todos los aficionados al alpinismo suelen encontrar sobre la nieve de las montañas mariposas heladas y en un estado tan especial, que se quiebran si no se las coge con mucho cuidado. Sin embargo, si se transportan estas mariposas a climas más cálidos, reviven y echan a volar.

Algunos insectos que acostumbran a invernar en este estado de larva o de crisálida, no sufren nada aun cuando permanezcan helados largo tiempo; lo que sí les es fatal son los inviernos de temperatura variable, en los que alternan los días templados con los fríos y húmedos.

Ya se han encontrado hasta seis especies de mariposas a pocos centenares de kilómetros del Polo Norte.

cual buscaba en mi fisonomía el efecto de sus palabras.

—Pues bien—prosiguió después de algunos segundos—; ¿qué diría usted si yo le asegurase que, tras muchos ensayos (con ranas, que soportan temperaturas de 28 grados; con escolopendras, que la soportan de 50 grados; con caracoles, que las sufren hasta de VBJ grados), qué diría usted si yo le asegurase haber logrado con mamíferos, con cuadrumanos de gran talla... con el complicado cuerpo del hombre, por fin, lo que mi maestro Pictet obtuvo con los peces?

—¡Imposible!

—Se ha logrado, sí, señor, y—añadió, acercándose a mi oído—en un subterráneo especial, al que puedo conducir a usted cuando guste, yacen congelados en ataúdes diáfanos, que se hallan a temperaturas terriblemente bajas, varios hombres, sí, señor; varios hombres que por su voluntad han querido dormir, dormir mucho tiempo, meses, años... para poner un paréntesis de hielo y de dulce y sosegada inconsciencia entre su dolorosa vida de ayer y la vida de mañana (que esperan sea superior a ésta), en una sociedad más sabia.

Claro que han pagado muy caro tal paréntesis; pero como se trata de ricos... Al cabo de cierto tiempo el procedimiento se abaratará, y entonces hasta los más pobres podrán sustraer-

se cuanto tiempo quieran a su calvario cotidiano. A la vejez y a la muerte.

Entre estos *congelados* de ahora hay dos o tres que están allí por pura curiosidad, porque imaginan que cuando despierten se encontrarán en un mundo mejor... Para mí creo que se equivocan; pero, en fin, allá ellos; y uno de los dormidos, el más peregrino de todos, ha pagado por veinte años de inconsciencia. ¿A que no sabe usted para qué? Pues para dar tiempo de que crezca una niña que ahora tiene dos años, y con la cual ha jurado casarse...

—Debe ser un yanqui...

—Ha acertado usted. Es de Denver (Colorado). De tal manera les ha cristalizado a todos el frío, que si les tocásemos podríamos quebrarles en no sé cuántos pedazos, como a los peces de marras; arrancarles una mano o un pie, como si fuesen muñecos de azúcar candi...

Llegado el momento en que, según convenio particular de cada uno, hay que deshelarlos, se les aplica idéntico procedimiento al de los peces, y una vez que el agua ya licuada adquiere la temperatura conveniente, cátalos dispuestos a vivir tonificados, alegres, como si saliesen de un baño... Debo advertir a usted, sin embargo, que los hombres no se mueven así como así, nada más porque se les licue y caliente el agua; hay que hacerles en seguida la respiración arti-

ficial, como a los faquires que desentierran en la India al cabo de algunos días de catalepsia provocada. Pero merced a las tracciones rítmicas de la lengua, a los movimientos del pecho, de los brazos y demás, algunos minutos después de licuarse el agua, ya andan nuestros sujetos por allí, vistiéndose, para asomarse de nuevo a la vida, de la que quisieron escapar por determinado tiempo.

¿Quiere usted ver las urnas con sus respectivos congelados? Pues con venir mañana temprano a mi laboratorio, yo se los mostraré, a través de un cristal, naturalmente, porque el sitio en que se hallan mantiénese a una temperatura tal, que se congelaría usted a su vez en dos minutos...

¿Qué misterio solapadamente agresivo había en la sonrisa del doctor al decir esto? No lo sé; pero es lo cierto que, aunque le prometí volver al día siguiente, no me atreví a acudir a la cita... Quizá temí una superchería, una soflama; quizá algo peor: que me metiese a mí en una «pecera» de aquellas y me mantuviese allí congelado durante algunos años... Estos experimentos son terribles... ¡Yo tengo mujer, joven y bonita, de la cual aún no me desilusiono del todo; hijos, dinero, buen estómago...; no me va mal en este mundo, y pienso dejar para los penosos días futuros el procedimiento de la congelación!



COMO EN LAS ESTAMPAS

SEÑOR—murmuró Jehel, espíritu angélico de gran intelectualidad que acompaña frecuentemente al Increado en su vuelo majestuoso a través de los mundos—, Señor, entre las almas que pugnan por desprenderse de su envoltura carnal esta Nochebuena en la Tierra, veo una que me interesa de modo especial: es el alma de cierta adolescente rubia, de catorce años, que ha pasado la existencia en perpetuo éxtasis. Hija de padres piadosos, desde muy niña oyó hablar del paraíso, tal cual lo ha fingido el incorregible e ingenuo antropomorfismo de los pueblos. En el convento, donde creció como florecita pálida, no se le hablaba más que de esos dos polos extremos, entre los cuales se

mecen el pavor y la esperanza de las turbas creyentes: el infierno y el cielo. Pero de tal suerte era buena, dulce, apacible, inmaculada, que las propias madres y el mismísimo confesor creyeron inútil empañar su serenidad con miedos inoportunos, y casi nunca le ponderaron los tormentos eternos, las gehenas implacables, describiéndole en cambio siempre las maravillas del místico edén.

Así, pues, en sus sueños, como en la escala del patriarca beduíno, iban y venían los ángeles. Para ella, la gloria es análoga a los cuadros de Fray Angélico y de Filippo Lippi. Para ella, el Empíreo está formado de espirales de santos, de virtudes, de potestades, de querubines y serafines multicolores. Es como un jardín animado de una indecible policromía, que se asienta en nubes resplandecientes. Los ángeles, los arcángeles, las dominaciones, pliegan o abren sus enormes alas franjeadas de oro y teñidas de un azul, de un rojo y de un amarillo delicados; los querubines y serafines son como corolas de plumas trémulas, como margaritas enormes en cuyo centro hay un rostro enigmático. Muchos seres alados tañen arpas y cítaras de marfil, y en el vértice de la espiral mágica, un Anciano de inmensa barba nívea, de tiara relumbrante, Tú, Señor, según la concepción de los hombres sencillos, te





muestras, teniendo a tu diestra a Cristo (que hoy nace para los humanos) y entre vosotros una paloma palpitante de luz y de amor...

—¡Qué va a experimentar el alma de esta niña—añadió Jehel—cuando se desligue de la carne y se encuentre en el seno de la cuarta dimensión! ¡Cuál va a ser su extrañeza, cuál su azoramiento al hallarse en el espacio negro, sin límites, entre el silencioso gravitar de los mundos; al ver perderse vertiginosamente a lo lejos, como un enjambre dorado, los planetas del sistema solar! ¡Qué desorientación más angustiosa la suya, cuando no te encuentre ni pueda verte, ¡oh Increado!, porque le faltan para ello tantas etapas, tantos ciclos aún infranqueables!

¡Piensa, Señor, Fuente de toda piedad, en esa almita que no ha podido concebirte sino a través de las estampas de los devocionarios, de las imágenes de las iglesias, del incienso blanco y aromático, y de los cirios que lacrimean, chisporroteando su cera pálida!...

¡Me intereso por ella, Señor! ¡Algunas veces, en mis viajes por la tierra, sobre todo en las noches de Diciembre, he dejado en su frente, mientras dormía, besos impalpables! ¡Gracias a mí, en sus puros labios han florecido, al despertar, muchas sonrisas de gratitud al ensueño!... ¡Que no sufra, Señor! ¡Mira que se

acerca ya su convulsión postrera!... ¡Advierte cómo en su camita, rodeada de los suyos, va a abrir los ojos azules para esa última mirada, en que parece copiarse toda la hondura de lo desconocido!... ¡Señor bueno, que no experimente ninguna desilusión! ¡que no tenga miedo!...

—Jehel—respondió el Espíritu que es causa de las causas—Jehel (y sonreía, si es que puede darse este nombre al sutil resplandor de su divino pensamiento afectuoso), bien se ve que eres un poeta... Anda, acércate a esa almita, tómala contigo y fíngele en redor, en cuanto se desprenda de su cuerpo, uno de los paraísos que pintaron los primitivos. Pon muchas jerarquías de oro; pon mantos de un azul esmaltado y profundo, de un guinda de viejo vino; pon aureolas con rayos simétricos, mucha luz, mucho amor, y haz que una música inmaterial toque desde ahora para sus oídos de agonizante melodías deliciosas... ¡Ya, más tarde, con suavidad, la iniciarás en esa augusta y muda sabiduría de la muerte!



LA NAVIDAD DE LA PASTORA

CONOCÉIS sin duda el *Angelus* de Rosa Bonheur, esa viril pintora que quiso dejar en un cuadro, en uno solo acaso, algo de femenino y dulcemente melancólico?

El aldeano está de pie junto al barbecho, con el rústico sombrero entre las manos; no lejos, yace inmóvil y obscuro el arado; las lejanías tórnanse indecisas, se inundan de vaguedad; avanza la sombra artera del Oriente, de donde antes venía la luz, pero aún hay algunos arreboles en las nubes delgadas, aún las tiñe un poco de oro, haciendo que semejen brillantes y escardadas plumas de un ave ideal...

Y flota sobre todas las cosas una melancolía indefinible, una melancolía divina, una melancolía consoladora.

Dijérase que la amplia y grave y religiosa vibración del *Angelus* ha divinizado el crepúsculo, lo ha hecho inmaterial y místico; dijérase que la tristeza que siempre viene a la naturaleza y al espíritu cuando el día agoniza, es entonces una tristeza santa.

Llegó la hora en que, como dice el poeta:

> el mar salmodia sus perennes quejas
> batiendo las riberas rumorosas,
> y el hombre piensa en afecciones viejas,
> en seres idos y en pasadas cosas...

Pues bien, algo de la solemne melancolía de ese crepúsculo tiene este otro que inicia la Navidad de una pastora.

Cuando la pequeña cabrera vió hundirse en el ocaso al sol como un alud de llamas, deslumbrada por la postrera pompa de colores que invadía el horizonte, quedóse mucho tiempo absorta: primero, ante los oros pálidos que franjeaban las nubes; luego, ante los rojos vivos que se tendían como banderas sangrientas por el cielo; después, ante los lilas mate, ante los lilas próceres, ante los divinos lilas que cambiaban de matices como una tela de gros y se desvanecían en el gris de los vapores vespertinos.

Y aquel espectáculo le produjo el éxtasis.





Mas la campana mayor de la parroquia volcó de pronto el grave y augusto tesoro de sus toques: *din don, din don,* y un estremecimiento de angustia la conmovió toda...

Din don, din don... ¡Dios mío, qué inmensa querella de vibraciones y cómo saturaban el espacio de tristeza!... Y ella estaba sola y tenía frío, mucho frío...

¿A qué volver a la alquería si nadie le amaba allí, si nadie quería cederle un rinconcito junto al fogón?

El mastín belfudo y enorme gruñía a su vista; la tía Juana sólo tenía para ella frases duras; arrojábanle de mal modo un tasajo de cecina mal asada... y para dormir sólo poseía el viejo jergón de crines que nadie se atrevía a usar ya.

¡Como era huérfana!

Si al menos Gabriel, aquel cabrero radiante que hacía las delicias de las mozas, el primero en la juerga y el chicoleo, mas el primero también en el trabajo, aquel mocetón de cabellos pajizos y de ojos aceitunados, la amara aún...

Pero la dejó por otra, por otra que poseía una vaca y un huerto.

La dejó por otra, porque ella era pobre y era triste.

❁

Din don, din don.

Y el aire iba haciéndose más frío, tenía ráfa-

gas que azotaban como correhuelas, y la sombra invadía la altura.

Los corderillos se agrupaban, temblorosos, bajo su toisón de nieve, y clavaban en la pastora sus ojos inmensos y dulces, como si la interrogasen:

—¿Qué, no tornaremos a la majada? Aquí hace mucho frío.

Y ella parecía responderles:

—Frío; ¿y qué me importa el frío de fuera cuando aquí dentro está helando?

—¡Vaya!, medrosicos, ¿no me vísteis acaso muchas noches cantar a las estrellas de Diciembre? Entonces también hacía frío, pero si viérais qué calorcito tan bello llevaba yo en el corazón...

Din don, din don.

Esta noche nace Jesús en un establo.

Vésper descrencha ya sus cabellos de oro en el espacio, Arthuro cuaja sus luces cambiantes, Cirio enciende sus fuegos de bengala.

Llega de la aldea el murmullo alegre de los pastores y en la sierra se retuerce llameante la cinta roja de los vivacs... También los carboneros celebran la Navidad.

●

Din don, din don.

—Ea, pastorcilla, hoy habrá cariño para todos;

¿qué, no ves que el *Angelus* va cantando: «Paz a los hombres de buena voluntad»?

Hoy se olvidan los odios, las manos se tienden, las bocas se buscan, los pechos quieren latir juntos...

Vamos, no llores ya; en la granja hay estruendo de panderetas y bordoneo de guitarras...

—Sí, pero Gabriel sonreirá con la otra, con la otra que es alegre y rica, en tanto que yo soy triste y pobre; el mastín belfudo y enorme gruñirá y, como en otras noches, para mí no habrá sitio junto al fogón.

Din don, din don; y todas las campanas, tras el solemne motete del *Angelus*, rompen en un *alegro vivace* de metálicas resonancias.

¡Aleluya! ¡Aleluya! parece que claman...

El último rayito de sol se ha enhebrado entre las nubes delgadas, como la postrer sonrisa del cielo...

¿Por qué hay un corazón triste en la vega infinita?

¡Navidad, no seas cruel!



UN MENDIGO DE AMOR

I

JOVEN, soltero, sin familia y rico, ¿qué más podía desear Carlos?

Una voz insidiosa, cuando las pasiones empezaron a despertarse en el alma del joven, susurró al oído de éste:

—Eres omnipotente... ¡con dinero se compra todo!

Carlos meditó un momento; ¡qué horizontes tan radiosos se abrían ante su vista!

—Con dinero se compra todo—dijo sonriendo—, pues compremos amistad.

Y aquel Creso joven se constituyó en anfitrión de numerosos elegantes que seguían sus pasos por dondequiera.

Diariamente sentábase a su mesa aquella

elegante corte, y entre el ruído de los corchos que saltaban y las risas bulliciosas, prolongábase el festín.

Pero Carlos no estaba satisfecho. Había leído que más hermosa que la amistad era la gratitud.

—Compremos la gratitud—se dijo entonces.

Y repartió bienes a diestra y siniestra; fué la providencia de muchos desheredados, y no hubo inopia que le tendiese las manos suplicantes sin sentirlas colmadas de dones.

El nombre de Carlos era pronunciado con transportes de agradecimiento por los miserables. Poseía lo que había buscado.

Y, sin embargo, no le bastaba.

—Tengo amistad y gratitud—exclamó—. Pero me falta algo; ¡compraré gloria!

Y fué Mecenas de cien poetas y escritores que le laudaron en periódicos y libros, en biografías y odas. Y todos los que leían su nombre convenían en que era Carlos un talento en flor, que en lo futuro daría óptimos frutos; de un temperamento artístico delicadísimo, de una concepción rápida y singular.

No obstante—¡oh insaciable corazón humano, tonel de las Danaidas, jamás ahito!—, Carlos no era feliz.

—Me falta el poder—pensó.

El dinero crea influencias y simpatías de los

grandes, y no le fué difícil conseguir a nuestro hombre un alto puesto en la Administración.

—Joven, rico, lleno de amigos, de gratitud, de gloria y de poder, ¿qué puede hacerme falta, qué necesito? —clamó.

Y una voz doliente que surgía en el silencio de su alma, murmuró suspirando: ¡Amor!

—¡Amor!—repuso Carlos, sintiendo en su mente toda una revelación de mundos desconocidos—. ¡Amor! Sí; el sentimiento que todo lo anima, que todo lo alumbra, que tcdo lo aroma... Eso me falta.

Y añadió resuelto.

—¡Compremos amor!

II

Era María una hermosa morena; de esas que el diablo—personaje de indiscutible gusto—hubiera querido para sí.

Carlos la amó con delirio, con todo el vigor de un alma virgen y soñadora; y María, deslumbrada por la posición del joven, se dejó querer complacida.

No pasaba un día sin que nuestro héroe llevase a su adorada, como brillante testimonio de aquel cariño que llenaba su vida, alguna rica alhaja; ya el nutrido collar de esmeraldas que

relampagueaban como pupilas de ondinas apasionadas; ya la espléndida *rivière* de diamantes, que se descomponían en divinos cambiantes al beso de la luz; ya el anillo que parecía una estrella diminuta, encadenada en virtud de poderoso conjuro a la diestra de la encantadora niña.

—¿Me amas?—preguntaba Carlos a su novia a todas horas. Y ella, mirando fascinada la pedrería que parpadeaba en su pecho, en su cabellera y en sus manos como bandada de luciérnagas presas, respondía:

—¡Mucho!

Entonces, la voz del alma, aquella triste voz que ya había oído Carlos, decía a éste:

—¡Insensato! Ama más a tus joyas que a ti...

Carlos, desesperado, concluyó por abandonar a su ídolo.

Y como el ara quedó sola, buscó otro dios que sustituyese al primero.

III

Fué Eloísa delicada rubia a quien nuestro amigo amó con más pasión tal vez que a la primera.

Y una noche, al acercarse a la ventana testigo de sus citas, advirtió que su amada llevaba traje de baile.

—¡Cómo!—dijo sorprendido—. ¿Vas a bailar acaso?

—Sí, bien mío.

—¡Y yo que creía pasar algunas horas a tu lado!

—No puedo complacerte.

—¡Ah! ¡No vayas!

—Estaría triste; amo tanto el salón cuajado de luces, la música apasionada que vibra dulcemente, el lánguido balanceo del vals...

Carlos se alejó de allí diciendo melancólicamente:

—¡Quiere más al mundo que a mí!

Surgió otra vez en aquellos instantes la voz doliente de su espíritu:

—¡Necio! ¡Necio!... El amor no se compra...

IV

Carlos renunció a la riqueza, a la amistad, a la gloria; vistió humilde traje de burgués, y como si se hubiese quitado un enorme peso de encima, salió de su palacio ligero y casi feliz, repitiendo:

—El amor no se compra...

Era de noche, y a poco andar halló en el umbral de una puerta una pareja de obreros que se acariciaban; en el alambre de una línea telegrá-

fica, dos golondrinas rezagadas, pegada una a la otra, dormían...

—Yo seré amado como ese obrero... Yo tendré compañera como una de esas golondrinas—murmuró.

Poco después tropezó con una mendiga joven y hermosa:

—¿Quieres darme un poco de cariño?—le dijo.

—¡Quién piensa en el cariño cuando se tiene hambre!—contestó la mendiga volviéndole la espalda.

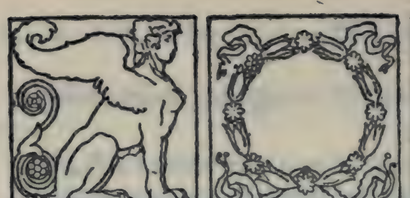
V

Carlos vagó toda la noche por la ciudad, dialogando desesperado con el destino, con el infortunio, con la sombra...

Cuando surgió la luz primera el infeliz estaba loco... Iba de puerta en puerta despertando a los vecinos; le abrían, y entonces gritaba con voz lastimera:

—¡Un poco de cariño por el amor de Dios!...

¡Si el pobre loco hubiese tenido entonces una madre!...




HISTORIA DE UN FRANCO QUE NO CIRCULABA

EL «Duque Job», de noble y pía memoria, en cuento que ya puede reputarse clásico, nos refirió la historia de un peso falso.

Este peso no sólo era falso, sino que tenía mala entraña (entraña de cobre, es claro). Al jugador vicioso y borracho le sirvió como peso bueno, haciéndole ganar un número seco. ¡Al pobre papelero lo llevó a la Comisaría!

La moneda cuya historia voy a contaros, fué por el contrario piadosa, excesivamente piadosa (si es que en la piedad se puede ser nunca excesivo). Cierto que no era de cobre, sino de plata, y tenía su ley justa y su cuño legal. Su único pecado consistía en estar desmonetizada, o mejor dicho, en ser de un tipo retirado de la circulación.

El mexicano que llega a Francia, se encuentra, por lo general, algo perplejo con respecto a la moneda circulante. Las piezas de plata de Napoleón I no corren, en tanto que las de Luis Felipe o Napoleón III circulan sin reparos. De los cuños extranjeros hay muchos que tienen aceptación, como el belga y el suizo, pero de este último sólo las piezas en que la figura de mujer que simboliza la República está de pie. Si esta figura está sentada, «no anda», lo cual se explica, por lo demás, perfectamente. El oro italiano y el belga circulan a la par. En cambio los luises argelinos, siendo de cuño francés, tienen descuento en el comercio.

Todo esto, y otras cosas, las va uno sabiendo poco a poco, y a costa de algunas pérdidas (que no hay experiencia gratuíta), y por lo común, en los primeros días que pasamos en París, nuestro portamonedas va llenándose de monedas inservibles que filosóficamente dedicamos a coleccionar o guardamos como *porte-bonheur*.

Yo, como todos, poseía varias de estas monedas, y hacía lo posible por no aumentar su número, pues no me consolaba mucho que digamos eso de enriquecer mi colección, y en cuanto a los *porte-bonheur,* me dejaban un poquito escéptico respecto de sus virtudes.

A pesar de mis precauciones, una tarde la

consabida muñeca suiza, Minerva, República, o lo que sea, bien sentada, y por ende incapaz de andar, vino a mi bolsa y se quedó en ella, cuando todas las otras monedas se habían marchado.

En esto llega a verme cierto bohemio inveterado, Charles X, a quien solía yo «prestar» un franco «de vez en cuando»... más «de vez en cuando» de lo que hubiera querido.

Según me dijo, no había comido... y sobre todo, no había fumado desde hacía lo menos media semana.

Yo, aunque estaba seguro de no poseer ni un céntimo suelto en aquellos momentos, metí mano a la bolsa.

Todos hacemos esto de meter mano a la bolsa, a sabiendas de que en ella no hay nada, impulsados por cierta obscura e instintiva fe hereditaria en el milagro, o con la ilusión de haber olvidado una moneda pequeña en el repliegue de los forros.

Entonces, la generosa suiza, la muñeca sentada, tropezó con mis dedos solícita y amable, como diciéndome en un francés correcto, aunque con ligero acento helvético:

—Mon ami, je ne marche pas: tu vois bien que je suis assise; mais je voudrais bien te servir...

—Mon ami—dije yo a mi vez al bohemio—,

no tengo por el momento más que este franco. Yo se le ofrecería gustoso... ¡pero no circula!

—¡Cierto!—respondió él examinándolo—, no circula. Pero démelo usted de todas suertes. Probaremos.

Y se marchó muy contento, acariciando sin duda un proyecto.

Al día siguiente, Charles X fué a buscarme. Iba radiante, con su *blague* de tabaco Maryland, repleto, y además, una cajetilla de «bastos», dos puros de quijada y cerillos en abundancia.

Como si esto no bastara, había comido, bebido buenos vasos de vino, dos tazas de café y qué sé yo qué más.

Y he aquí la sencilla, ingenua y al par admirable historia que me contó, y cuya verdad os garantizo:

Mi amigo emprendió el largo camino a su casa (del otro lado del agua), acariciando con el pulgar y el índice, en el bolsillo de su chaleco, poco acostumbrado a gollerías, el franco de marras.

Al pasar por un *bureau de tabac*, cuya enseña rojeaba entre la noche, pidió una cajetilla de bastos de a ochenta céntimos, la abrió in-

continenti, encendió en el mechero de gas un pitillo y al propio tiempo arrojó sobre el *comptoir* un franco, que tintineó solícito con el mejor sonido que pudo sacar de sus entrañas piadosas.

—Este franco no circula—exclamó el comerciante, devolviendo la moneda a mi amigo.

Mi amigo entonces echó mano de la expresión más inocente de su repertorio, y con un terrible acento del Mediodía, de ese que no perdona una sola «e muda», respondió:

—¡Pero si es de plata!

—Ya lo creo que es de plata—replicó el de *bureau*—, pero ha de saber usted que estos francos suizos no son ya aceptados. La figura debe estar de pie y no sentada.

—¡La figura debe estar de pie!—repitió el bohemio con la desolación más perfecta... Eso, eso es, creo que ya me lo habían dicho, «la figura debe estar de pie»; qué remedio: le devolveré a usted los pitillos: sólo que ya los he abierto y falta uno.

—¡Bah! ya me pagará usted otro día: ¡Allez! ¡Allez!

Y Monsieur Charles se marchó con sus cigarrillos y su franco en la bolsa.

Poco más adelante entró a un restaurant modesto, pidió un *chateaubriand*, y al pagar... vuelta con el franco.

—¡Ça ne marche pas!

—Pero si es de plata...

—Sí, pero suizo.

—¡Y qué! Cansado estoy de traer francos suizos y todos los he gastado sin reparos.

—Sí, pero con la figura de pie... *¡On voit bien que Monsieur n'est pas parisien!*—añadió despectivamente el *garçon*...—En fin, ¡ya pagará usted otro día.

Monsieur Charles entró después a un *débit de vins,* donde se regaló con medio litro de rojo; luego a otro *bureau de tabac,* donde cargó y encendió su pipa, y por fin, a la media noche, llegó a su casa, bien comido, bien «fumado», bien refrigerado, y con su franco en la bolsa.

—Con este franco me han de enterrar—agregó conmovido, acariciando la moneda.



SANTA ISABEL

Cuando expiró, no sé quién de los presentes dijo, con cierta indiferencia semicompasiva:

—Ya cesó de sufrir.

Y confieso que nunca en la vida una frase ha tenido para mí mayor significación que aquella tan trivial, ni me ha conmovido más:

—Ya cesó de sufrir.

Como una cinta cinematográfica, se desarrolló ante mí la vida toda de la mártir.

A los doce años, cuando empezaba a volverse mujer y sentía en su corazón todo el retoñar de la primavera, fué invadiéndola una parálisis progresiva, implacable, contra la cual luchó en vano la ciencia.

Después de innumerables tanteos dolorosos, curaciones varias (hidroterapia, electroterapia, inyecciones intramusculares, ¡qué sé yo!), la

pobrecita estaba peor que antes y hubo que sentarla en el gran sillón de ruedas, donde debía ya pasar su existencia. De la cintura para abajo, Isabel estaba muerta. De la cintura para arriba, vivía. Sus manos, tan finas, tan aristocráticas, conservaron su agilidad siempre, y pudo dedicarse a labores varias, casi siempre para los pobres: a hacer encaje de bolillos, a labrar flores artificiales, a bellos trabajos de tapicería, y, largos ratos, a la lectura..., hasta que, pasados algunos años, su vista, siempre débil, se fué extinguiendo, para dejarla en una semiceguera que le impidió ya casi todo trabajo, fuera de algunos, sobrado sencillos, de gancho, que ejecutaba maquinalmente.

Antes de enfermar, Isabel tenía un carácter dulce, embeleso de cuantos la conocían. Su enfermedad no sólo no agrió aquella disposición, sino que la dulcificó sobremanera.

¡Ni una queja! No recuerdo jamás, en los largos años que vivió a mi lado, que se quejase.

Al contrario, cuando alguno de sus hermanos o de los míos estaba triste, era ella la que encontraba palabras y recursos para consolarle. Llamábanla todos el «paño de lágrimas de la casa».

Cuando yo me casé con María, la hermana menor de Isabel, ésta fué a vivir con nosotros. María, como condición esencial para otorgarme

su mano, puso la de que jamás se separaría de Isabel.

—No tiene otro apoyo que el mío—me dijo—. Mi madre me la encomendó al morir, y he de ser su más cariñosa enfermera.

Yo no tuve reparo en acceder: en primer lugar, porque aquella resolución de María la aquilataba ante mis ojos y me hacía estimarla sobremanera, y en segundo, porque la dulzura y paciencia de Isabel me subyugaban y me daban un alto concepto de la vida.

Bendigo esta mi resolución, pues si María ha sido la compañera ideal de mi existencia, aquella que se encuentra una sola vez por misericordia del Destino, Isabel ha sido el Ideal mismo, más allá de todas las pequeñeces del mundo; la maestra moral más grande que yo haya podido soñar.

Viéndola, contemplándola en aquel sillón de tortura, sin proferir la más leve queja, sonriente siempre, bondadosa, contentándose de todo, agradecida a la amabilidad más tenue, respondiendo a la menor gentileza con aquel hermosísimo timbre de su voz, que al decir «muchas gracias» parecía acariciar el oído con la música más deliciosa, comprendí hasta dónde puede llegar la excelencia humana, y qué cosas admirables forja Dios con este barro de que fuimos hechos.

Cuando sus grandes y hermosos ojos pardos fueron debilitándose al grado de no poder ya distinguir las letras de los libros, yo tuve un movimiento de compasión incontenible.

—¡Pobrecita mía!—exclamé—; ¿y ahora qué vas a hacer?...

—Tú me leerás bellas páginas de vez en cuando—me respondió con la más dulce de sus sonrisas—, y haré labores fáciles, que me ocuparán y divertirán.

Desde aquel día, una hora por la mañana y otra hora por la tarde, cuando menos, yo fuí su lector.

Con qué afán buscaba en las librerías todas las cosas nobles y delicadas, que pudieran, al propio tiempo que gustarla, saciar la sed de alteza de su alma preciosa.

Creo que nunca he leído más sabrosamente, con más amor, con más alegría que aquellas horas.

—¡Qué bueno eres!—decíame ella, y yo sentía que aquella exclamación era el mejor premio de mi vida.

❁

No recuerdo desde que vivió en mi casa y pude conocer la calidad de su espíritu, haber dejado de consultarla jamás en todos mis problemas, en todas las dificultades de mi vida.

Nada hice nunca sino después de oir su dictamen, expresado con suma sencillez, sin pretensiones de ninguna clase, humildemente, afectuosamente.

El influjo de su alma sobre la mía, blando y maternal influjo, ¡ay!, que he perdido para siempre, era de tal suerte apaciguador, serenador, que aun ahora me basta ver su retrato, mirar sus grandes ojos—que fueron tan luminosos, y a los que presta luz en el cartón mi recuerdo—, para sentirme inmediatamente tranquilizado, para encontrar que todo está bien, para esperar confiado y plácido el natural desenlace de las cosas.

Cuando la turbulencia de mis imaginaciones es excesiva, voy a su sepulcro, y me parece que de él emana instantáneamente un flúido de paz y de bienestar.

●

«Ya cesó de sufrir...»

Había muerto en su gran silla, con las níveas y santas manos sobre el pecho, sin proferir una queja, como había vivido.

Sus últimas palabras, dirigiéndose a mí, fueron éstas:

—«Ni tú ni María os quedaréis solos... Yo seguiré con vosotros.»

Moría pensando en los demás, según su celeste costumbre.

¡Cuán poco había pensado en sí misma!

... Cesó ya de sufrir... ¿Es que, en efecto, había sufrido tanto? Sí; mas no por ella, sino por los ajenos, por las penas de todos, con las cuales se había identificado; por las contrariedades y anhelos de mis hermanos inquietos, que siempre iban a contarla sus negocios y afanes; por las angustias de las amigas, cuyas intimidades ella sola conocía; por los sufrimientos de los humildes, de la servidumbre, de los pobres que iban a verla.

Cesaba ya de sufrir, sí; pero por los otros...

Quién sabe—a veces he pensado en esto—si su propia parálisis, su reclusión, sus largas horas de soledad, sus dolores, eran un rescate por alguien, que ella había aceptado. Porque en su alma blanca no hubo jamás ni la sombra de la sombra de una mancha que purgar.

Las flores de que se la cubrió habían cumplido menos bien que ella el mandato del Padre, habían sido menos sumisas que ella a la ley, menos pacientes y silenciosas que ella ante los estrujamientos de la vida...

Pasó como una música, como una fragancia, como un consuelo...

Ella, que no podía moverse, era más alada que todas las cosas que vuelan.

Ella, que vivía en la penumbra, era más luminosa y radiante que todas las cosas que arden e iluminan.

La generosidad de mi destino fué muy grande permitiéndome vivir con aquella criatura augusta, serle útil, aliviar alguna vez su dolor con mis ternuras fraternales.

Cuanto más pienso en esta prerrogativa, más se desborda la gratitud de mi corazón, vaso muy breve para contenerla...

Quien como yo tuvo el privilegio de conocer a aquella hechura de un barro más noble que el nuestro, ya no tiene derecho a quejarse de ninguna dureza, de ningún aguijón de la existencia.

Por muchos años, a mi vida se le concedió ir al lado de la suya, y digo aún como el poeta Saadi: «Yo no soy más que una arcilla sin valor, pero viví algún tiempo con la rosa.»

La habitación donde moró y murió nuestra «Santa Isabel», está aún tal cual estaba el último día de su preciosa vida, y muchas veces mi mujer y yo vamos a sentarnos al lado del vacío sillón de ruedas, y cogidas las manos, en la penumbra de la tarde, permanecemos allí, silenciosamente, largo rato, sintiendo que una paz sagrada, que una bondad divina, baja a nuestras frentes pensativas...



EL PAIS EN QUE LA LLUVIA ERA LUMINOSA

Después de lentas jornadas a caballo por espacio de medio mes y por caminos desconocidos y veredas sesgas, llegamos al país de la lluvia luminosa.

La capital de este país, ignorado ahora, aunque en un tiempo fué escenario de claros hechos, era una ciudad gótica, de callejas retorcidas, llenas de sorpresas románticas, de recodos de misterio, de ángulos de piedra tallada, en que los siglos acumularon su pátina señoril, de venerables matices de acero.

Estaba la ciudad situada a la orilla de un mar poco frecuentado; de un mar cuyas aguas, infinitamente más fosforescentes que las del Océa-

no Pacífico, producían con su evaporación ese fenómeno de la lluvia luminosa.

Como es sabido, la fosforescencia de ciertas aguas se debe a bacterias que viven en la superficie de los mares, a animálculos microscópicos que poseen un gran poder fotogénico, semejante en sus propiedades al de los cocuyos, luciérnagas y gusanos de luz (1).

Estos microorganismos, en virtud de su pequeñez, cuando el agua se evapora ascienden con ella, sin dificultad alguna. Más aún: como sus colonias innumerables son superficiales, la evaporación las arrebata por miriadas, y después, cuando los vapores se condensan y viene la lluvia, en cada gota palpitan incontables animálculos, pródigos de luz, que producen el bello fenómeno a que se hace referencia.

A decir verdad, el mar a cuyas orillas se alzaba la ciudad término de mi viaje, no siempre ha-

---

(1) Justamente, un trabajo de vulgarización que tengo a la vista, aparecido en un magazine (después de escrito este cuento) y que se refiere a la luminosidad de ciertas faunas marinas, dice que al «noctiloco» miliario, animálculo luminoso, se debe en gran parte la fosforescencia de los mares. «Flota en la superficie de las aguas, en vastas extensiones, en las noches de estío. Los noctilocos son a veces tan numerosos, que el mar forma, merced a ellos, como una crema gelatinosa de varios milímetros de espesor. Un solo centímetro cúbico puede contener de 1.000 a 1.500 individuos».





bía sido fosforescente. El fenómeno se remontaba a dos o tres generaciones. Provenía, si ello puede decirse, de la aclimatación, en sus aguas, de colonias fotogénicas (más bien propias de los mares tropicales), en virtud de causas térmicas debidas a una desviación del *Gulf stream,* y a otras determinantes que los sabios, en su oportunidad, explicaron de sobra. Algunos ancianos del vecindario recordaban haber visto caer, en sus mocedades, la lluvia obscura y monótona de las ciudades del Norte, madre del esplín y de la melancolía.

Desde antes de llegar a la ciudad, al pardear la tarde de un asoleado y esplendoroso día de Julio, gruesas nubes, muy bajas, navegaban en la atmósfera torva y electrizada.

El guía, al observarlas, me dijo:

—Su merced va a tener la fortuna de que llueva esta noche. Y será un aguacero formidable.

Yo me regocijé en mi ánima, ante la perspectiva de aquel diluvio de luz...

Los caballos, al aspirar el hálito de la tormenta, apresuraban el paso monorrítmico.

Cuando aún no trasponíamos las puertas de la ciudad, el aguacero se desencadenó.

Y el espectáculo que vieron nuestros ojos fué tal, que refrenamos los corceles, y a riesgo de empaparnos como una esponja, nos detuvimos a contemplarlo.

Parecía como si el caserío hubiese sido envuelto de pronto en la terrible y luminosa nube del Sinaí...

Todo en contorno era luz; luz azulada que se desflecaba de las nubes en abalorios maravillosos; luz que chorreaba de los techos y era vomitada por las gárgolas, como pálido oro fundido; luz que, azotada por el viento, se estrellaba en enjambres de chispas contra los muros; luz que con ruido ensordecedor se despeñaba por las calles desiguales, formando arroyos de un zafiro o de un nácar trémulo y cambiante.

Parecía como si la luna llena se hubiese licuado y cayese a borbotones sobre la ciudad...

Pronto cesó el aguacero y traspusimos las puertas. La atmósfera iba serenándose.

A los chorros centelleantes había sustituído una llovizna diamantina de un efecto prodigioso.

A poco cesó también ésta y aparecieron las estrellas, y entonces el espectáculo fué más sorprendente aún: estrellas arriba, estrellas abajo, estrellas por todas partes.

De las mil gárgolas de la catedral caían todavía tenues hilos lechosos. En los encajes secu-

lares de las torres, brillaban prendidas millares de gotas temblonas, como si los gnomos hubiesen enjoyado la selva de piedra. En los plintos, en los capiteles, en las estatuas posadas sobre las columnas; en las cornisas, en el calado de las ojivas, en todas las salientes de los edificios, anidaban glóbulos de luz mate. Los monstruos medioevales, acurrucados en actitudes grotescas, parecían llorar lágrimas estelares.

Y por las calles inclinadas y retorcidas, como un dragón de ópal fundido, la linfa brillante huía desenfrenada, saltando aquí en cascadas de llamas lívidas, bifurcándose allá, formando acullá remansos aperlados en que se copiaban las eminentes siluetas de los edificios, como en espejos de metal antiguo...

Los habitantes de la ciudad (las mujeres, sobre todo), que empezaban a transitar por las aceras de viejas baldosas ahora brillantes, llevaban los cabellos enjoyados por la lluvia cintiladora.

Y un fulgor misterioso, una claridad suave y enigmática se desparramaba por todas partes.

Parecía como si millares de luciérnagas caídas del cielo batiesen sus alas impalpables.

Absorto por el espectáculo nunca soñado, llegué sin darme cuenta, y precedido siempre de mi guía, al albergue principal de la ciudad.

En la gran puerta, un hostelero obeso y cor-

dial me miraba sonriendo y avanzó complaciente para ayudarme a descender de mi cabalgadura, a tiempo que una doncella rubia y luminosa como todo lo que la rodeaba, me decía desde el ferrado balcón que coronaba la fachada:

—Bienvenida sea su merced a la ciudad de la lluvia luminosa.

Y su voz era más armoniosa que el oro cuando choca con el cristal.





EL SIGNO INTERIOR

Mi hermana Florencia—me contaba Mario—era la alegría de la casa y la tristeza de sí misma. Después de loquear, de reir, de travesear hasta perder aliento; tras haber divertido durante horas enteras a todos los chicos y chicas de la vecindad con sus ocurrencias y sus diabluras, de pronto íbase a un rincón y se echaba a llorar desconsoladamente.

—Yo no soy para esto—decía con un desánimo infinito—, yo soy para otra cosa...

—¿Y qué es ello?, ¿qué es esa otra cosa? ¿Jugar no constituye, por ventura, la ocupación por excelencia de una niña de doce años como tú?—preguntóle en cierta ocasión nuestra tía Carlota.

Pero Florencia se limitó a contestar:

—Yo sé bien que no soy para eso...

Pasaron los años y aquel carácter frívolo, al parecer, atolondrado y voluble, no varió.

Florencia adoraba el baile. Iba a cuantas fiestas podía. Su perpetua movilidad, su risa fácil, su espíritu zumbón, su inventiva para urdir travesuras, le conquistaban muchas amigas.

—¡Con Florencia—decían—no se puede estar triste!

No se podía estar triste; pero ella sí tenía a menudo crisis profundas de tristeza.

Yo la acompañaba, por lo común, a las fiestas. Era su hermano predilecto. Y recuerdo que muchas veces, al volver a casa, después de haber bailado sin cesar hasta la madrugada y de haber reído a más y mejor, se dejaba caer en un diván y rompía en sollozos:

—¡Yo no soy para esto! ¡Yo no soy para esto!

●

Tuvo muchos pretendientes. Era muy bella: color blanquísima, ojazos negros, pelo castaño con reflejos encendidos, como de bronce; boca admirable, cuello largo, de curvas suavísimas; estatura más que mediana. Estaba hecha para encender pasiones. Era una de esas mujeres por quienes se llega a la locura de amor. Pero incapaz de una preferencia definida.

Un muchacho romántico, después de escribirla sinnúmero de cartas y de asegurarla que si no se casaba con él se mataría, dióse a la bebida y naufragó en el alcohol. Todavía a estas fechas irá dando tumbos en la noche por las mal alumbradas calles de mi ciudad natal.

Otro chico, más paciente y resuelto, después de insistir sin descanso, habló a mis padres y logró el permiso de visitar la casa. Florencia, acosada por aquel tozudo, acabó por ceder. Se pidió su mano y hasta se fijó plazo para la boda; pero desde aquella hora y punto mi hermana se puso nerviosísima y no hacía más que llorar.

—¡Yo no soy para eso!—repetía desolada.

—Criatura, todas las muchachas se ponen locas de gusto cuando van a casarse, y más si encuentran un novio como el tuyo, una excelente persona, por cierto...—decíale tía Carlota.

—¡Sí, pero yo no soy para eso!

Tanto lloró... ¡que no se casó!

El novio fué despedido de la manera más cortés del mundo. El pobre había hecho ya bordar toda la canastilla de bodas, los manteles, las toallas, las servilletas, con la inicial del nombre de su futura. Las efes campaban por todas partes, enormes en los manteles, medianas en las fundas de las almohadas, diminutas en los pañuelos...

Como habían sido bordadas a conciencia, no había medio de pensar en sustituirlas, y el infeliz tuvo qúe buscar una novia cuyo nombre empezase con efe. Acabó por casarse con Paquita Pérez...

Naturalmente, aquellos dos fracasos ruidosos excitaron a los pretendientes, en vez de acobardarlos, y Florencia tuvo a porrillo aspirantes a su bella mano (muy blanca, muy larga y bien modelada que la tenía, en efecto). Pero todo fué en vano. Ella, a cada petición solemne de relaciones, contestaba con su eterno:

—Yo no soy para eso.

Seguía, empero, yendo a las fiestas, bailaba hasta sofocarse... y volvía llorando a casa como de costumbre.

Leía poco. Su imaginación turbulenta no se avenía con el reposo de los libros; pero a veces un verso, un pensamiento, dejábanla ensimismada durante largo rato.

Un día de su santo, yo le hice un regalo muy preciado en aquellos tiempos de Maricastaña: un hermoso álbum.

Lo recibió con gran entusiasmo y empezó a pedir a sus amigos pensamientos, versos, dibujos.

El álbum se iba llenando a ojos vistas de la más cumplida pacotilla literaria y artística, de la más corriente chaquira intelectual, hasta que el obispo, a quien se le envió también, reservándole una página de honor, puso con grandes letras, en latín, este pensamiento del sabio y santo prelado de Hipona: ¡FECISTE NOS A TE, DOMINE, ET INQUIETUM EST COR NOSTRUM DONEC REQUIESCAT IN TE!

Muy intrigada Florencia, fué a mi cuarto con el álbum abierto en aquella página.

—¿Qué quiere decir?—me preguntó—. Yo casi lo traduzco; pero temo equivocarme.

—Quiere decir: NOS HICISTE PARA TI, SEÑOR, Y NUESTRO CORAZÓN ESTARÁ INQUIETO HASTA QUE NO REPOSE EN TI...

Se quedó pensativa, muy pensativa...

—Apúntame abajo la traducción—me pidió.

Así lo hice y llevóse el álbum, apretándolo, entrecerrado, contra el pecho, con el índice de la siniestra metido como señal en la consabida página.

A la mañana siguiente me la encontré en un rincón del jardín, repitiendo:—¡Nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón estará inquieto hasta que no repose en ti!

Pasados algunos días, durante los cuales Florencia, con asombro de toda la casa, permaneció tranquila en su habitación, sin ocurrír-

sele ninguna travesura, ni siquiera una zumba para sus hermanos, una tarde—no lo olvidaré nunca—llevándome con misterio al rinconcito del jardín ya mencionado, me dijo casi al oído:

—¡Ya sé para qué soy!

Y me repitió la sentencia de San Agustín, con inflexiones misteriosas en la voz metálica: ¡NOS HICISTE PARA TI, SEÑOR, Y NUESTRO CORAZÓN ESTARÁ INQUIETO HASTA QUE NO REPOSE EN TI!

Había una solemnidad sencilla, casi augusta, en su ademán y en sus ojos.

—¿Qué vas a hacer?—le pregunté.

—Irme a un convento.

Y yo, apretándola contra mi corazón, no pude menos que responderla en un impulso instintivo e incontenible:

—¡Haces bien!

❁

Diez y siete años pasaron. Yo viajé mucho—añadió Mario—; resido hace lustros en Europa; y Florencia, de su convento de la provincia mejicana, me habría escrito a lo sumo en tan largo tiempo dos o tres cartas, exhortándome, como es de rigor, a «frecuentar los sacramentos» y «a vivir como un santo».

Pero las vicisitudes revolucionarias le hicie-

ron salir de Méjico con otras muchas religiosas, y la monjita vino a recalar en un vasto y umbroso monasterio de la villa y corte.

Allí he ido a verla tras dos espesas rejas.

El tiempo no ha logrado arar un solo surco en la claridad de su rostro juvenil. Sólo sus hermosos ojos, cansados, sin duda, de llorar ante un crucifijo, me miran apaciblemente tras de unas gafas prosaicas.

Su hábito negro y su toca blanca le dan un aspecto de elegancia austera, muy de mi gusto.

Evocamos juntos los recuerdos de la infancia y repetimos las palabras para ella definitivas, las que fueron el «SÉSAMO, ÁBRETE» de su reino interior: «¡Señor, para ti nos hiciste, y nuestro corazón estará inquieto hasta que no repose en ti!»

—Tú, hermana—le digo—, elegiste LA MEJOR PARTE, como María Magdalena.

—Sí—me contesta sonriendo (y la monja que la acompaña le hace coro)—, ¡la mejor, la mejor parte!

—Fueron nuestras almas—añado—como dos príncipes de un cuento, los cuales, al llegar a cierta parte del bosque, encuéntranse frente a dos caminos: un príncipe toma el de la izquierda; el otro, el de la derecha... Yo tomé el camino del mundo, el ancho camino del mundo, resonante de pisadas y de voces inútiles...

—Y yo—me interrumpe—el de la derecha, que es el camino verdadero.

—¿Y en qué conoces que es el camino verdadero?

—En que apenas empecé a andarlo sentí una gran alegría y una inmensa paz...

Y al salir de la visita—concluyó Mario—, pensaba yo que las últimas palabras de la monja resumían todas las conclusiones filosóficas; «el hallazgo de la verdad se revela en un signo interior inconfundible: la alegría espiritual», o, como dice William James en su ensayo sobre «El sentimiento de la racionalidad», ésta se conoce, como todas las cosas, en ciertos signos subjetivos que afectan al ser pensante. Percibir tales signos es comprender que se está en posesión de la racionalidad... Pero ¿y qué signos son éstos?

«¡DESDE LUEGO UN SENTIMIENTO MUY HONDO DE TRANQUILIDAD, DE PAZ, DE REPOSO!»

¡Feciste nos a Te, Domine, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te!



LOS QUE NO QUIEREN CREER QUE SON AMADOS

Se hablaba de Carlos N., un cuarentón distinguido, jovial, a la sazón en París, y alguien dijo:

—Vendrá en estos días a Biarritz.

—En ese caso—prorrumpió nerviosa y precipitadamente nuestra amiguita Ivona, la más guapa, seductora y capitosa de la reunión—ya sé lo que tengo que hacer: marcharme de aquí en seguida.

—Pero ¿por qué?—preguntamos nosotros.

—Respondió ella:

—Porque no quiero encontrarme con Carlos, ni en Biarritz ni en ninguna parte.

Y ante la expresión de sorpresa que había en nuestros rostros, Ivona explicó:

—Es el hombre que más me ha hecho sufrir en el mundo y el único a quien, sin duda, he querido.

—Pero si Carlos tiene el carácter más dulce de la tierra... Sería incapaz de quebrar la caña cascada y de apagar la mecha que aún humea, según la expresión bíblica.

—Pues con eso y todo, me ha hecho sufrir lo indecible. ¿Saben ustedes por qué? Por su escepticismo. Desde que le conocí (yo era entonces una pobre *midinette* de *chez* Paquin) se me entró por todas las ventanas del corazón. Lo quise con fiebre... Pero él tenía por principio capital en la vida que ninguna mujer podía amarle. Afectuoso, admirablemente bien educado, lleno de generosidad, se sentía, sin embargo, incapaz de creer en la afección, en la generosidad de los otros. En el fondo de su espíritu velaba la idea de que, siendo feo, con sus treinta y ocho años cumplidos y una enfermedad crónica que padece, no era posible que una muchacha—y mucho menos una parisiense—pudiera quererle sino por su dinero... Claro que no lo decía jamás. Es demasiado inteligente y correcto para molestar a nadie; pero lo pensaba... y yo sabía que lo pensaba, y ese era mi infierno.

Soy naturalmente expresiva, mimosa, un poquito arrebatada, y solía llenarle de caricias. El

las recibía y devolvía con cierta grave cordialidad indulgente; pero a todas mis confesiones y afirmaciones, a todos mis «te adoro», contestaba con una sonrisa odiosa (sí, odiosa por la duda) y con un: «¡Vamos, no es para tanto; no exageremos!», que ponía hielo en las entrañas.

Herida a cada instante en mi amor propio de enamorada, acabé por empeñarme en la más cruel de las luchas: en llevar a su alma la convicción de mi idolatría exclusiva. ¡Pero todo fué en vano! ¡Jamás me creyó! Llegó hasta apagar (siempre deferente y piadoso) aquella sonrisa que me hacía daño; mas la duda, el escepticismo amable y mundano, mejor dicho, anclado en el fondo de su ser desde la primera juventud, triunfó de mis pruebas, de mis sacrificios, de mi abnegación... y un día, después de cuatro años de aquella horrible vida, segura de lo incurable de su enfermedad y de lo estéril de mi empeño, le dejé escritas tres palabras: «Me voy. ¡Adiós!...» Y partí.

Supe después que, comentando mi huída, se había limitado a decir a sus amigos:

—«¡Era natural!... ¡Me lo esperaba!»; ¡y que sonreía!... ¡con aquella sonrisa!

—La humanidad—dije yo comentando el amargo relato de Ivona—rara vez da en el nudo de la ponderación. El hombre o es un animal fanático o un animal escéptico. Me río yo por

ejemplo, de los ateos que justifican su incredulidad con «la falta de pruebas positivas». Si a las doce de un bello día de Junio, el propio Jesucristo descendiese sobre la plaza de la Concordia, en una nube resplandeciente, y se detuviese sobre el vértice del obelisco, la multitud empezaría por vociferar: «¡Milagro! ¡Milagro!...»; y acabaría por discutir el hecho acaloradamente, con la ayuda de los sabios oficiales, hasta convenir en que todo había sido alucinación colectiva.

En el hombre de mundo—añadí—esta incredulidad arranca sobre todo del amor propio. Creemos que hace un papel de sobra desairado y ridículo el que, por la presunción de juzgarse querido, se encuentra con el desengaño, saltándole donde menos lo piensa, como la liebre del refrán.

Además, en esta época, snob, en que toda idealidad y todo sentimiento se consideran cursis en el grupo reducido—y verdaderamente cursi con la peor de las cursilerías: la espiritual, de los aristócratas—la ingenua confesión de creerse amado provoca sonrisas misericordiosas. Por huir cobardemente de ellas; por el afán de adaptar su personalidad a los estúpidos cánones de los llamados hombres distinguidos, se acaba por caer en el extremo opuesto a la credulidad, que es ese escepticismo risueño que

se considera de buen tono y que a toda afirmación contesta con un irónico: «¿Lo cree usted así?»

—Es muy cierto lo que usted asienta—afirmó Rafael, uno de los del grupo—, y esta credulidad no siempre para, como la de Carlos, en la huída de Ivona. Yo presencié un hecho trágico—que desde hace rato rabiaba por referirles—de cuya autenticidad les respondo con mi palabra de honor, y que se desarrolló, brutal e impensado, no hace aún dos años.

Uno de mis mejores y más aristocráticos amigos, cubano de origen, había tenido piedad de cierta muchacha andaluza, próxima a rodar por el arroyo, a causa de la miseria y de los manejos de una madre digna del garrote. Llevóla a vivir a un pisito alegre, y solía invitar allí a sus amigos, pollos elegantes todos, como él, y celebrar cordiales yantares, en que la mejor salsa era el buen humor unánime.

La andaluza, de naturaleza apasionada, de temperamento exclusivista, de incomparable fidelidad, había acabado por adorar a su amigo y protector, y se lo decía a cada paso, delante de todos.

El sonreía, callaba y se dejaba querer; pero en el fondo de su corazón dormía la duda, esa duda amable, cortés, sonriente, mundana, de que hablaba usted.

Y una noche en que el *champagne* había vertido más oro y perlas que de ordinario en la cristalina fragilidad de las copas, ella, enredándole los brazos al cuello, fué más afirmativa que otras veces:

—¡Te adoro—le dijo con énfasis meridional—, y por ti daría la vida!

El sonrió—¡con aquella sonrisa!—y respondió paternalmente, con un ligero metal de ironía en la voz:

—Vamos, chicuela, no es para tanto (¡lo mismo que Carlos!)

—¡Te juro que por ti daría mi vida!—insistió ella con más énfasis aún.

—¡Vaya, vaya—tornó él a responder—no exageremos!

—¿Entonces tú no crees que te quiero hasta ese punto?

—Yo creo que, naturalmente, algún afecto has de tenerme. No en balde he procurado suavizar y embellecer tu vida...

—¡Eso sería gratitud!—replicó ella—, y yo te hablo de amor. ¿No crees, pues, que te adoro, que te idolatro, que sería capaz de morir por ti?...

—Lo que tú quieras—repuso mi amigo, dándole una palmadita en el hombro—. No vamos a reñir por eso...

—¡Ah, bien se ve que no lo crees!...—excla-

mó ella amargamente—. ¡Bueno, pues yo te lo probaré hasta la evidencia!

Y pasando del diapasón trágico al ligero, cogió una copa, se la hizo llenar de *champagne* y la bebió de un sorbo.

Poco después se nos escapó del comedor, en los instantes en que el aturdimiento alegre de todos menudeaba historias, charlas y risas, y de pronto, en medio de la algazara, sonó sordamente un tiro.

En ese momento todos comprendimos, como si una convicción telepática se hubiera producido en nuestros cerebros, y echamos a correr hacia la alcoba de la muchacha, encontrando a ésta muerta en su lecho, con la sien perforada por una bala y con una browning diminuta en en la diestra.

¡Se había matado porque no la quisieron creer!


OTROS
CUENTOS





UN CONSEJO DE MINISTROS

CUENTO DEL PORVENIR

AQUEL Consejo de ministros se dedicó por entero a discutir el urgente problema de la colonización. Era preciso poblar y cultivar tierras del litoral, absolutamente desiertas y tan grandes como un pequeño reino europeo. Tenía la palabra el ministro de Fomento y Colonización, quien con cierto humour inglés, peculiar, resumía así sus diversas argumentaciones:

—El colono francés, a no dudarlo, es un gran factor de progreso. Funda almacenes admirables, donde las señoras encuentran esos trapos deliciosos que les proporcionan beatitudes pa-

radisíacas, sin perjuicio de que los maridos rabiemos después, cuando nos traen la cuenta. Pero este colono tiene una desventaja: no enraíza en el país; sueña toda su vida con retirarse a un rinconcito de Francia y poseer allí una casa con jardín y huerta. Su ideal es cuidar hortalizas y comer bien, a la sombra de un árbol.

En cuanto al yanqui—siguió diciendo—, suele considerar a los criollos como raza inferior. Es un pueblo primitivo, megalómano, arrogantemente pueril, como recién llegado a la fortuna... Por lo que respecta a los colonos ingleses, constituyen siempre una aristocracia meticulosa dentro de los países que les dan hospitalidad. Son, además, temibles, muy temibles; ya conocemos las garras de su leopardo... De los españoles no he de hablar, por ser gente de casa y no colonos, en realidad; tienen nuestros defectos y nuestras cualidades. En mi sentir—concluyó—el colono por excelencia es el alemán.

En primer lugar, el alemán se adapta maravillosamente a todos los climas. Lo único que exige es cerveza. Si no la hay, establece una fábrica en el país, y santas pascuas. Aprende el castellano muy pronto, reservándose únicamente el privilegio de hacer de cada *d* una *t* y de cada *p* una *b*. Se casa con una criolla, sin

andarse con escrúpulos en asuntos de reputación, repitiendo filosóficamente en alemán aquel sabio proverbio español: «Lo que no fué en tu año no fué en tu daño», y contentándose con la lealtad ulterior. Es un marido bonachón. Quiere a sus hijos con indulgencia plácida, y una vez que los ha enviado a educarse a Hamburgo o a Berlín, y que han vuelto con tres o cuatro cuchilladas en la cara, les asocia a su comercio y les permite que adquieran la ciudadanía del país en que han nacido. Repito, pues, que, en mi sentir, el colono por excelencia es el alemán.

—Permítame usted, mi querido colega—replicó el ministro de la Guerra—, que haga algunas ligeras observaciones a sus ideas, de las que disiento un poco.

Todas las cualidades que ha enumerado usted son exactas. El teutón resultaría el colono ideal. Pero... supongamos que en los acres de terreno colonizados se funda una ciudad. El alemán, con previsión admirable, hará de esa ciudad una plaza fuerte potentísima, con defensas maravillosamente recatadas, para el caso de que S. M. Real e Imperial y los mil quinientos generales de que se compone su Estado Mayor, decidan conquistar nuestro país. Se constituirá allí la más efectiva base de operaciones, para que un futuro y posible ejército

alemán marche sobre nuestra metrópoli. Si la colonia aquella tuviera costas, como las tendría en este caso, se disimularán con habilidad nunca vista estaciones navales, depósitos de carbón; habrá almacenes subterráneos de todos géneros, y en ellos depósitos especiales de obuses, granadas, etc. En las eminencias estratégicas se construirán, perfectísimamente ocultas, plataformas de cemento, de una solidez insuperable, en las cuales, sin un milímetro de discrepancia, habrá huecos y ranuras, para que entren las monumentales cureñas de los morteros de... 58 (que será el calibre de entonces...) A lo largo de la costa, en tinglados que aparentemente se destinarán a depósitos de maderas, se habrán tomado las necesarias disposiciones, a fin de que se guarezcan zeppelines y aeroplanos suficientes para bombardear nuestras ciudades... En el vasto cementerio de la colonia, en tumbas espaciosas, llenas de supuestos cadáveres tudescos (pues oportunamente habrán ido muriéndose de mentirijillas los colonos necesarios), habrá acopios, perfectamente embalados, de mausers y cartuchería.

Cada colono alemán tendrá, naturalmente, su puesto en el futuro ejército de ocupación; cada jefe de comercio o industria será oficial; en cada escritorio se guardarán millares de pla-

nos y mapas de nuestro país, levantados a hurtadillas por geodestas habilísimos.

Y un día—concluyó sonriendo el ministro de la Guerra—, nuestra república, sin haber disparado apenas un tiro, será colonia germánica, y hasta nuestras más humildes murgas tocarán el «Deutschland über alles»...

No dice la crónica si replicó el ministro de Fomento y Colonización; pero se sabe que los famosos acres de tierra fueron cedidos a colonos españoles...





LA ULTIMA MOLESTIA

Y aconteció que el carro fúnebre de tercera clase, con sus dos escuálidos caballejos, metióse entre los rieles del tranvía.

Cuando el conductor quiso evitarlo, ya era tarde.

—¡Nos ha estropeado el viaje!—exclamó con agresivo mal humor.

El carro, como si tal cosa, arrastrábase penosamente por el arroyo. Bostezaba el cochero bajo su grasiento sombrero de copa (pues la «categoría» del difunto no había requerido la peluca blanca) y el ataúd negro con cintas amarillas, mal cerrado, parecía bostezar también su interminable bostezo de eternidad...

Aun cuando suele decirse que los muertos

van de prisa, ello se entiende, ¡claro!, de la trayectoria de su recuerdo por nuestra retentiva. Este recuerdo atraviesa la memoria a muchos miles de metros por segundo; es fugaz como los aerolitos. En el cielo de ciertos espíritus, deja, como algunos bólidos, un trémulo rastro de oro, más o menos efímero; pero, en la realidad de las almas, se desvanece bien pronto.

Sabido es el delicioso cuento (de Anatole France): cierto turista se encontró en un cementerio japonés a una viudita harto apetitosa, que agitaba su abanico sobre la recién removida tierra del sepulcro de su marido, llorando a lágrima viva.

—«¿Por qué tan peregrino rito fúnebre?» —preguntó el viajero a su guía, quien interrogando a su vez a la viudita, escuchó esta ingenua y admirable respuesta:

—«Mi esposo, en su lecho de muerte, me hizo jurar que no lo olvidaría mientras estuviese húmeda la tierra de su fosa»...

... ¡Y por eso soplaba, diligentemente, con su abanico, la viudita!

¡El escéptico y filósofo marido nipón, que conocía bien a su mujer, le había pedido poquísima cosa..., y, sin embargo, estuvo a punto de pedirle demasiado!

¡Ah, sí, los muertos van de prisa en nuestra memoria... pero van muy despacio al cemen-

terio, y la carroza de tercera clase de mi cuento marchaba con una lentitud verdaderamente... fúnebre!

Los ocupantes del tranvía empezaban a impacientarse.

—¡Voy a perder mi tren para El Escorial! —gemía una fiel esposa—. Y mi marido estará inquietísimo... ¡Tendré que telegrafiarle!

—Yo iba a San Antonio de la Florida con mis niñas—afirmaba una crasa mamá, flanqueada por dos muchachas morenas, de buen ver—, pero a este paso llegaré para la cena...

—Es insoportable la estrechez de las calles —vociferó un señor de opiniones avanzadas—. En más de dos años que lleva en el poder el partido conservador, ya podía haberse abierto la Gran Vía, que ha de descongestionar un poco a este Madrid de mis pecados...

El cobrador trataba de calmar los ánimos con la perspectiva de la próxima llegada al tramo más ancho de la calle, donde el carro fúnebre se echaría a la izquierda, y el tranvía, desdeñosamente, pasaría a la derecha.

¿Y el muerto? El muerto, en tanto, sin pizca de impaciencia, seguía allí, muy ricamente, extendido dentro de su caja negra y amarilla.

—¡Será la última molestia que el pobre dé en

su vida! —suspiró una anciana que iba en un rincón del tranvía.

¡La última molestia! El pobre, en efecto, debió tener raras ocasiones de molestar al prójimo. La muerte le reservaba una suprema compensación: iba a hacer perder a una fiel esposa su tren para El Escorial; a una mamá gorda con sus chicas, su paseo por los alrededores de San Antonio de la Florida. ¡Iba a impacientar a los novios de las niñas y a ser causa tal vez de un rompimiento, y, lo que es más grave aún, servía de pretexto para que un señor de ideas avanzadas, criticara al gobierno!

Eran demasiados desquites para tan modesto cadáver...

¡Su alma debía sonreir con una sonrisa absolutamente espiritual, en el seno de la Cuarta Dimensión!



EL LEON QUE TENIA DIGNIDAD

Los autores primitivos, guiados por apariencias engañosas, por analogías vagas, atribuyeron a los animales cualidades y defectos que están muy lejos de tener. La melena del león, su aspecto majestuoso, les sugirió la idea de ofrecerle el cetro y la corona de los irracionales, y lo hicieron rey, sin que él se diese cuenta de tamaña dignidad ni pareciese importarle un ardite; y lo literaturizaron, y lo esculpieron en mármoles, y lo fundieron en bronces, y lo grabaron en los sellos reales, y estamparon su silueta en escudos, en banderas, en estandartes y lo troquelaron con las monedas, a lo cual se debe por cierto, en España, que los cuartos se llamen «perros gordos» y «perros chicos»,

por una de esas ironías que suelen perpetuarse...

Pero vinieron los naturalistas modernos y rectificaron desdeñosamente la mayor parte de los conceptos legendarios que a las bestias se refieren. El león, tan exaltado antes, fué deprimido con pasión: ni era valiente, ni era tan fuerte como se creyó, ni merecía en modo alguno el cetro.

Se le negó, pues, la majestad real, que casi por derecho divino creíasele otorgada, y quién estimó que debía conferírsele al toro (que jamás mostró miedo a nada ni a nadie: que lo mismo embiste a un hombre, a un paquidermo o a una locomotora), quién pretendió que merecía la realeza el elefante, que, tras de ser el más fuerte de todos los animales, era el más inteligente y el más noble.

La verdad, en esto como en todas las cosas, a semejanza de la virtud, no estaba en los extremos, sino en el medio; *in medio stat veritas*. El león no era ciertamente el más fuerte de los animales; pero poseía algo merecedor de la realeza con que lo habían obsequiado los antiguos, algo que muchos hombres, muchísimos, suelen no tener: la dignidad.

De ello ha dado pruebas en ocasiones muy diversas, y últimamente yo he sabido un hecho que ha aumentado notablemente mi estimación

por el viejo rey, moviéndome, en mi humilde fuero, a acatarlo de nuevo como a monarca.

Es el caso que, hará apenas seis meses, un grande de España, cazador *par devant l'eternel,* de los más perseverantes y resueltos, hizo un viaje al Atlas, con el ánimo decidido de matar algunos pobres leones que, después, disecados, con las enormes fauces abiertas, serían ornato de su museo cinegético.

Una tarde, estando él con algunos otros cazadores en acecho, frente a una colina boscosa en la falda (donde había guaridas de leones) y pelada en la cima, de pronto un espléndido ejemplar salió de su refugio y ascendió hacia la pequeña eminencia.

Apenas la fiera había dado algunos pasos fuera de los árboles y matorrales, cuando descubrió a los cazadores. Su olfato y su mirada avizora se los mostraron en seguida.

Un sol... africano, naturalmente, iluminaba la escena.

El león pudo y «debió», en cuatro saltos elásticos, vigorosos, ponerse a salvo de los magníficos fusiles de precisión, cuyos efectos conocía, merced a la terrible experiencia acumulada por el genio de la especie... Los cazadores esperaban esto y apuntaban ya, teniendo en cuenta la movilidad de la bestia...

Pero entonces, con pasmo de todos, aconte-

ció algo extraordinario: el león, «que sabía que era visto» por tantos ojos de hombres, ¡tuvo vergüenza de huir! Un sentimiento estupendo de dignidad se sobrepuso en él al pánico de la bala explosiva y certera, que no perdona, y pausada, majestuosamente, ascendió por la colina, volviendo a cada paso la cabeza para mirar a sus enemigos...

No quería, no, que lo viesen correr... Aquellos instantes supremos ponían en su corazón, sin duda, un temblor formidable; la muerte, a cada instante, lo amagaba... mas él seguía ascendiendo, lenta, muy lentamente.

Cuando llegó a la cúspide, empezó a descender, con la misma lentitud, hasta que juzgó que «ya no lo veían», y entonces, encogiendo todo el resorte de sus músculos poderosos, dió un salto, dos saltos... y se perdió en los declives de la parte opuesta de loma. ¡Quizá con un sentimiento inmenso de liberación!

La dignidad estaba a salvo: ya podía escapar.

Los cazadores, conmovidos ante aquella actitud tan clara, tan bella, tan poco humana, no habían disparado. ¡El león obtuvo gracia de la vida, merced a la sugestión de su maravillosa dignidad!



LOS ESQUIFES

Mira—me dijo el Espíritu cuando hubimos trepado a la áspera roca desde la cual se dominaba el maravilloso paisaje—: ¿ves ese mar tan manso, sin un rizo, sin una onda, que lentejuelea dulcemente al fulgor de la luna? Es el verdadero Océano Pacífico, es el océano de la quietud interior, de esa quietud interior que ha tiempo vas buscando inútilmente por la tierra, de ese bien de tal manera inestimable, que el divino Galileo a cada instante lo regalaba en el Evangelio: «Recibid mi paz»; «la paz sea con vosotros»; «os doy mi paz»; «mi paz os dejo»...

¿Ves esos como esquifes, tan tenues que parecen hechos de ilusión? ¿Adviertes en ellos seres reposados, que se deslizan como aladamente por la superficie sin límites, a favor de

las minúsculas velas cándidas, semejante a plumas de garza, que empuja insensiblemente un soplo misterioso? Pues son espíritus, son los espíritus que están en paz en este mundo.

A la luz de la luna, de esta intensa luna, verás los rostros que animan, y en ellos una misteriosa expresión de beatitud.

¡Con qué gracia resbalan esos barquichuelos ingrávidos sobre la seda moaré del océano! ¡Qué manso y nunca soñado reposo emana de ellos!...

—Y ¿cómo hacer, ¡oh espíritu!, para tener una de esas barcas de ensueño, para deslizarse con ella por el mar quieto, para estar en paz, ¡oh noble espíritu custodio!, *para estar en paz?*

—Escucha bien; esos esquifes son de tal manera frágiles, que sólo soportan *almas desnudas de todo apego*... ¡Ay de aquella alma que ose embarcar en ellos con el menor deseo, con la menor codicia, con el menor propósito de goce! El barquichuelo se hundirá en seguida y en el fondo del Océano el alma encontrará remolinos espantosos, que la atraerán como ventosas de monstruo y de los cuales muy difícilmente logrará escapar.

Bajo la apacibilidad de esa mar cuya palpitación blandísima apenas se advierte, como el resuello de una novia dormida, está el maelstrom de las ansias nunca saciadas, de los pla-

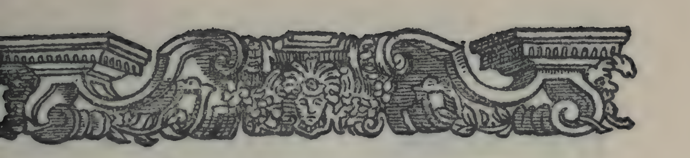
ceres tormentosos que jamás satisfacen, de los anhelos turbulentos que nos comen el alma...

Pero el que al embarcarse no lleva consigo ningún apego, aquel cuyo deseo se ha extinguido, es «como el loto que en el agua se copia, mas cuya corola no toca el agua...» Para eso no hay temor ninguno de zozobrar. Puede adormecerse amorosamente con el vaivén blando del esquife; puede soñar, puede cantar. Su alma es un ritmo más en el ritmo deleitoso del Océano. Para él solo hay bien. El Universo es como un gran regazo, la brisa impalpable como una gran lira, el cielo estrellado como un gran jardín. Su yo es como un lirio suave impregnado de perfumes celestes. El celaje y el rayo de luna le llaman «hermano». El Misterio le llama «hijo». La noche le dice «elegido»... ¡Oh! ¡Cuán rico es el que ya no tiene nada! ¡Oh! ¡Cuántas cosas mira el que ha sabido cerrar los ojos!

—¿Quieres embarcarte?—me preguntó el Espíritu—. Mira aquel esquife que, besado por la luna, parece de nácar. ¡Es para ti! Lo he reservado para ti... ¿Quieres embarcarte?

¡Oh amada mía! Para navegar por ese divino Océano de la paz era preciso dejarte a ti—a ti, amada mía—en la ribera; y moviendo melancólicamente la cabeza contesté al ángel:

—¡No puedo, de veras que no puedo!»



EL OBSTÁCULO

Por el sendero misterioso, recamado, en sus bordes, de exquisitas plantas en flor y alumbrado blandamente por los fulgores de la tarde, iba ella, vestida de verde pálido, verde caña, con suaves reflejos de plata, que sentaba incomparablemente a su delicada y extraña belleza rubia.

Volvió los ojos, me miró larga y hondamente y me hizo con la diestra signo de que la siguiera.

Eché a andar con paso anheloso; pero de entre los árboles de un soto espeso surgió un hombre joven, de facciones duras, de ojos acerados, de labios imperiosos.

—No pasarás—me dijo, y puesto en medio del sendero abrió los brazos en cruz.

—Sí pasaré—respondíle resueltamente, y avancé; pero al llegar a él vi que permanecía inmóvil y torvo.

—¡Abre camino!—exclamé.

No respondió.

Entonces, impaciente, le empujé con fuerza.

No se movió.

Lleno de cólera al pensar que la Amada se alejaba, agachando la cabeza embestí a aquel hombre con vigor acrecido por la desesperación; mas él se puso en guardia y, con un golpe certero, me echó a rodar a tres metros de distancia.

Me levanté maltrecho y con más furia aún volví al ataque dos, tres, cuatro veces; pero el hombre aquel, cuya apariencia no era de Hércules, pero cuya fuerza sí era brutal, arrojóme siempre por tierra, hasta que al fin, molido, deshecho, no pude levantarme...

¡Ella, en tanto, se perdía para siempre!

De muy lejos me envió una postrer mirada de reproche.

—¿Me dejas partir?—parecía decirme.

Aquella mirada reanimó mi esfuerzo e intenté aún agredir a aquel hombre obstinado e impasible de ojos de acero; pero él me miró a su vez de tal suerte, que me sentí desarmado e impotente.

Entonces una voz interior me dijo:

—¡Todo es inútil; nunca podrás vencerle!

Y comprendí que aquel hombre era mi Destino.



PRECIPITACIÓN

ENTRE Hendaya y Biarritz, hay, sobre todo antes de San Juan de Luz, algún buen trozo de carretera, sin poblados inmediatos, sin caseríos que borden el camino. La cinta blanca de éste ondula recamada por los árboles y los céspedes; se encorva a veces violentamente, asciende y desciende.

Nos cogió el crepúsculo por allí, y, como si la obscuridad progresiva no fuera bastante, vino la lluvia... y a mayor abundamiento, una *panne*.

El automóvil, abierto, magnífica máquina de cincuenta caballos, se detuvo justo en el punto en que la carretera comenzaba a descender.

Cogimos un reflector lateral de acetileno y a su luz empezamos a buscar en el organismo de

acero la parte enferma. El desperfecto, acaso leve, era, sin embargo, en aquel momento, de difícil diagnóstico. Mientras dimos con él, y lo remediamos, vino la noche.

Consultamos los relojes: eran las siete y media.

—¡Demonio!—exclamó mi amigo—; yo tengo invitados a comer. Es preciso que esté a las ocho y cuarto, a más tardar, en el hotel, para vestirme y bajar al comedor a las nueve menos cuarto. De otra suerte mi mujer se pondrá furiosa... ¿Qué dice usted? ¿qué le parece que hagamos?

—¡Mire usted—insinué prudentemente—, yo creo que lo esencial es llegar, aun cuando no lleguemos para la comida, y si usted se empeña en estar en el Palais a las ocho y cuarto, lo probable es que ya no esté usted nunca!

—¡Hombre!, ¡hombre!

—¡Claro; porque estará usted en la eternidad!

—Pero... ¿y mi mujer?

—Su mujer se pondrá, sin duda, furiosa, si la hace usted esperar con sus invitados; pero acaso se ponga más furiosa si mañana, tras una noche de mortal angustia, van a decirla que se ha matado usted en el camino.

—¿Tiene usted miedo?

—¿Yo? ¡No! Yo no tengo miedo a nada en este mundo, sobre todo desde que me he con-

vencido de que el tener miedo no sirve para maldita la cosa...

—Pues si no tiene usted miedo, vamos a correr un poco, ¿eh? Prefiero esto a hacer esperar a mis invitados.

—Como usted guste.

❁

Y nos pusimos a devorar kilómetros.

La lluvia nos azotaba cruelmente el rostro; no nos veíamos ni las manos. Apenas si adivinábamos la blancura espectral del trozo de camino que alumbraba el acetileno.

En rededor surgían y desvanecíanse como sombras hoscas las masas obscuras del paisaje, fundidos árboles y colinas en la misma negrura.

La bocina sonaba sin descanso.

Varios automóviles que volvían de Biarritz, a toda velocidad también, estuvieron a punto de chocar con el nuestro, porque no llevaban muy ortodoxamente su derecha. Recuerdo que el ondulante y largo velo de una mujer me rozó el rostro y me dejó una ráfaga de perfume... Reconocí este perfume: Floris de Londres.

De pronto surgió un bulto en la carretera. La bocina carraspeó desesperadamente.

El bulto se movió apenas.

Mi amigo frenó, frenó... Pero como íbamos a cien a la hora, todo fué inútil.

Prodújose el choque: una vaca búdhica, contemplativa, había sido el obstáculo...

Yo sentí como si sobre mi cabeza se desplomara el cosmos... Después, nada... Más tarde (lo mismo hubiera podido ser una hora que una eternidad) me invadió cierta sensación de humedad, de frío; un dolor muy agudo en el hombro derecho...

Oí voces que decían: «¡Par ici, par ici!»

Me hirió en los ojos la viva luz de un reflector de acetileno. Unos brazos robustos me alzaron. Pusiéronme en una camilla.

—¿Y mi amigo?—pregunté en cuanto volví plenamente a la conciencia.

—«¡Ah, quel malheur, monsieur, il a une jambe cassée!»

—«¡Une jambe cassée!...»

Y al oir la terrible frase vino a mi imaginación la escena que poco antes, en el camino, había yo suscitado con mi advertencia; vi a la señora en el hall del Hotel du Palais, con su espléndida toaleta, rodeada por los fracs solícitos... Los minutos transcurrían interminables... Empezó a campanillear el teléfono. Iban y venían los criados... Y por último la frase trágica:

—¡Monsieur le comte s'est cassé une jambe!...

Muchas veces he recordado esta historia, que se repite, más terrible aún que entonces, cuando un hombre nervioso quiere ir de prisa...

En Madrid, por ejemplo, un buen señor alemán corre a la estación del Norte a despedir a un matrimonio, antiguo amigo suyo. Falta un minuto, cuando llega, para que se vaya el tren. Nuestro hombre atropella al revisor... ya está en el andén... Salta al estribo del coche, en el instante en que el tren empieza a moverse; ofrece el ramo a la señora, resbala, cae... ¡y las ruedas le seccionan las dos piernas!

En la Place du Pont Neuf de París, un gran sabio quiere atravesar de prisa hacia la acera opuesta: se interpone un camión cargado de rieles. Un riel saliente le pega en la nuca... La humanidad ha perdido de esta suerte al gran Curie...

En Rouen, un gran poeta, después de brillante conferencia sobre su Bélgica mártir, pretende alcanzar un tren... Echa a correr; cae entre las ruedas y muere horriblemente destrozado. Se llama Verhaeren...

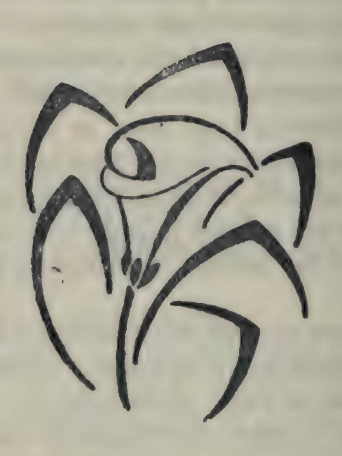
Y junto a éstos, muchos otros ilustres, como Catulle Mendès o anónimos: todos por ganar un minuto...

¡Terrible privilegio el de los nervios!

El sistema nervioso nos ha dado a los hombres el cetro de la creación; pero es como un

acumulador eléctrico formidable. ¡Ay del que desconsideradamente lo hace funcionar en un instante dado!

¡Por ganar unos segundos, resbala... y cae en el abismo de la muerte!





UN SUPERHOMBRE

I

Enrique era un superhombre: todos sus amigos lo sabíamos de sobra.

Había leído a Nietzsche allá por el año de 1893, cuando empezaban a traducirlo, y se le había indigestado Zarathustra, *la voluntad de potencia, la moral de los amos* y *la moral de los esclavos, el olimpismo,* etc., etc., etc.

Como en el fondo era un buen muchacho, y se ponía contentísimo cuando creía escandalizarnos, yo, con frecuencia, me fingía escandalizado.

—¡Pero, Enrique—exclamaba—, qué estás diciendo! Eso es inmoral, profundamente inmoral...

—¡Vete a paseo con tu moral!—respondía él

vehementemente y encantado de ensartar algunos nietzschismos—: la moral es antinatural; el hombre moral es un «principio negativo del mundo. El universo no es moral», etc., etc., etc.

—Enrique—le insinuaba yo alguna vez—, no hagas esto o aquello. Mira que puede ser peligroso.

—Hay que vivir peligrosamente—replicaba él con ímpetu—. Hay que vivir en los riesgos para saborear la vida en su plenitud y aun para saber lo que es la vida. El gran secreto para hacer la existencia más fecunda, para alcanzar el mayor goce, es vivir peligrosamente. ¡Construyamos ciudades cerca del Vesubio! ¡Enviemos nuestros buques a los mares inexplorados! Vivamos en guerra con nuestros semejantes y con nosotros mismos. Seamos bandoleros y conquistadores mientras no podamos poseer.

¡Ay de quien hablaba delante de Enrique de las conveniencias sociales! «¡Tarántulas—vociferaba—, tarántulas! La sociedad no quiere más que dos cosas igualmente antinaturales: la Justicia y la Igualdad, y va hacia otra cosa que es abominablemente antiestética, es decir, antinatural también: la mediocridad, el aplanamiento. Escuchad a las tarántulas cómo hablan de justicia, es decir, de deseo de venganza... Odiosos bichos que quieren achicar y afear todo lo que es grande y bello...» «¡Pues y el Estado! El Es-

tado es peor que la Sociedad. El Estado es una inmoralidad organizada. Las colectividades han sido inventadas para hacer cosas que el individuo no tiene el valor de hacer.»

Pero lo que más a pechos había tomado de Nietzsche era el «olimpismo». Enrique se había vuelto apolíneo y dionisíaco, según las circunstancias. Su vida—decía—era un mar de ecuanimidad, no obstante ser vida de lucha y de peligro. Nada podía enturbiarla. Flotaba por sobre todas las nubes, todas las cimas y todos los abismos. Ni Goethe—a quien Nietzsche había tomado por modelo—tenía ante la vida más imperturbabilidad que Enrique. En cuanto alguno de nosotros mostraba la menor emoción, el olimpismo enriqueño surgía desdeñoso:

—Estás alterado, hermano: ¿qué te pasa? Yo creo que tienes un poco de neurastenia... Sosiégate; aprende de mí. Yo «ni sudo ni me abochorno» por nada de este mundo... Ya sabes, hermano, que en cualquier momento de inquietud puedes buscarme. Yo te tranquilizaré...

II

El superhombre tenía una novia, con quien no se casaba, primero, por odio a la fórmula, a lo preestablecido, y segundo, porque sólo dis-

frutaba él de un modesto empleo de cien pesos en un Ministerio.

Con ese dinero un superhombre y una superhembra difícilmente pueden vivir. La vida en la actualidad es cara, aun para los dioses.

Había acaso una tercera razón para que no se realizase este matrimonio, y es a saber: que la novia, impermeable al nietzschismo, incapaz de convencerse, a pesar de los argumentos de Enrique, de que eso del alcalde y el cura sólo fuese cosa de las tarántulas, sin valor alguno moral, pretendía que su novio se casase con ella por lo civil y por lo eclesiástico, como cualquier inferhombre de la ciudad.

—¡Parece mentira—comentaba Enrique—que la mujer sea tan refractaria a las ideas filosóficas! Con razón afirmaba Schopenhauer que la mujer es sólo un animalito a quien hay que engordar, encerrar y pegar... Yo no la considero sino como una máquina de amor y una acumuladora de instintos. No queráis asociarla a vuestras ideas; no pretendáis hacer de ella vuestra compañera espiritual, vuestra alma hembra. Goethe, que sabía bien estas cosas, usó de la mujer para sus experimentos como en los laboratorios se echa mano de un conejo de Indias... Goethe, jamás amó. Tomó del amor la simple enseñanza. ¿No es el amor, por ventura, como la vida misma, objeto y materia del conocimiento?

A pesar de estas teorías—y sin confesarlo por miedo a dejar de ser dios—Enrique amaba a su novia. Pero yo, encantado de verle representar tan cándido e inocente papel, fingía creerle su olimpismo amoroso, y aun en cierta ocasión en que él notó en mí viva simpatía por una dama y me lo reprochó más desdeñosamente que de ordinario, le respondí casi con humildad:

—¡Qué quieres, mi buen Enrique, yo no soy más que un hombre! Amo, sufro, y hasta lloro como los hombres... ¡Quién me diera ser como tú, amigo mío! ¡Pero no a todos les es concedido el parentesco sublime con los dioses! No lo puedo remediar: sólo soy un hombre, y, como dijo el latino, todo lo humano me es peculiar.

—Tú siempre has sido débil de carácter—observó Enrique, y había en el tono de su voz no sé qué fraternal indulgencia—; pero, en suma, no tienes toda la culpa de ello. Hay que saber dirigir las pasiones como se dirige una máquina de cien caballos... «La grandeza del carácter no consiste en no tener pasiones, sino, al contrario, en poseerlas en alto grado», como afirmó el inmortal Federico, «encadenándolas, eso sí, a la voluntad.» ¿Crees tú que yo no las tengo? Mis pasiones son formidables; mas yo les he dicho lo que Dios al mar, en el

libro de Job: «Aquí llegarás, de aquí no pasarás y aquí estrellarás el orgullo de tus olas».

—¡Cómo te envidio, Enrique!

—¡Vamos! No hay que desmayar... ¡Quién dice que no llegarás tú, a fuerza de verme y oirme, a una altura, si no igual, por lo menos no muy inferior a la que mi espíritu ha conquistado!... Cuestión de *entrenamiento*. El aire de ciertas cimas es apenas respirable; pero, ¡qué diablo!, la naturaleza tiene plasticidades muy grandes.

III

Y aconteció que la novia de Enrique, tal vez cansada de tanta filosofía, pensando que primero es vivir y después filosofar, tal vez ansiosa de un marido que no pasara de la medida común, acaso opinando, como la pastora del Quijote, que para los fines del matrimonio no es preciso que un hombre haya leído a Aristóteles (ni mucho menos a Nietzsche), plantó al superhombre de patitas en la calle. Este, los primeros días, pretendió restañar la herida con vanidad...; pero la víscera dolía... Tras las abolladuras de la coraza se adivinaba el temblor de la entraña...

La buscada actitud del megalómano cedía

ante la brutal simplicidad de los hechos... Y cierta noche, a la sazón que yo dormitaba en una poltrona después de la cena, el superhombre llamó a mi puerta, y, arrojando la máscara, se echó en mis brazos, sollozando... como lo que era: un pobre muchacho vencido por la vida.

¡Con qué simpatía lo acogí, y cómo, suavemente, fuí insinuándole el valor y la belleza de una noble prerrogativa a que todos debemos aspirar: no ser más que hombres!...

No ser más que hombres, sí; sufrir como los hombres; creer, dudar, temer, anhelar, entristecerse y alegrarse como los hombres.

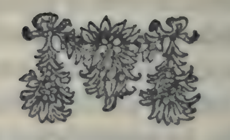
Nietzsche dijo: «Vivir peligrosamente»; pero Jesús nos había enseñado ya eso, y nos había enseñado, además, a vivir dolorosamente. «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»...

No hay nada más de acuerdo con los fines del Universo que el dolor. Jamás un día en que se sufre es un día perdido. Esconder el dolor por snobismo, es mentecatez; ostentarlo, debilidad; sufrirlo sinceramente, grandeza.

❀

Todo esto que cuento es, como dije, viejo ya de muchos años; viene de aquel ayer en que se oía la voz de Zarathustra, y en que la som-

bra del «Salomón negro» se proyectaba sobre tantas conciencias juveniles. Pero lo he recordado a propósito de uno de los presuntuosos apotegmas que suelen dirigirme los superhombres rezagados que me escriben: «Yo no me altero jamás», dice la frase por excelencia de cierta amistosa carta que tengo a la vista. Afirmación a la que he respondido modestamente: «Yo, en cambio, amigo mío, me altero, me renuevo, me transformo continuamente. Soy transmutable, como la materia y la fuerza, como la naturaleza prodigiosamente móvil que me rodea... En suma, ¡yo no soy más que un hombre!»





EL CASTILLO DE LO INCONSCIENTE

El Castillo de lo Inconsciente yérguese sobre una roca enorme, aguda y hosca, rodeada de abismos. Entre la roca y la montaña vecina, derrúmbase el agua torrencial, que luego se arrastra, allá en el fondo lóbrego...

Su estruendo se oye de lejos, sordo y hasta apacible, y sus espumas, fosforescentes desde la altura, se adivinan en las tinieblas.

Por dondequiera, como guardia de honor de la roca, levántanse agujas ásperas, dientes pétreos, y se erizan matorrales de espinos.

Pero en las noches de luna, con qué arcano prestigio radian, en lo alto, los vitrales del castillo divino en que mora la Paz...

Sólo pueden escalar su morada eminente los

que han sangrado en todos los colmillos rocosos, los que se han herido en todos los espinos...

Yo era de éstos. Yo merecía habitar en la mansión del Sosiego, y una noche apacible, guiado por el celeste faro lunar, emprendí la ascensión al castillo.

Sobre una robusta rama inclinada, atravesé el torrente. Varias veces el vértigo estuvo a punto de vencerme. La corriente rabiosa hubiera destrozado mis miembros; la colérica espuma me habría cubierto con su rizada y trémula blancura...

Pero yo miraba a lo alto, al castillo, que mansamente se iluminaba en el picacho gigantesco, y una gran esperanza descendía hasta mi corazón y me daba aliento.

Salvado el abismo, hube de escalar la roca.

¡Ay! ¡Cuántas veces en sus asperezas me herí las rodillas y las manos! ¡Cuántas otras me vi en peligro de caer al torrente que, como dragón retorcido y furioso, parecía acecharme... Sus espumas llegaban hasta mí, humedeciendo mis destrozadas ropas.

Pero mi anhelo de llegar al castillo era demasiado intenso para no triunfar; y, muy avanzada ya la noche, franqueaba yo por fin los últimos obstáculos y me encontraba en la breve explanada que precedía a la gótica mole.

Una mansa lluvia de luna caía sobre aquel espacio abierto. La imponente masa, a su imprecisa luz, era con sus torreones, sus almenas, sus ojivas, sus terrazas, sus techos agudos, más bella que todos los ensueños.

¡Con qué temblor llamé a la puerta! ¡Cómo resonó en el silencio el aldabón!

Esperé... no sé cuántos minutos...

Oía mi corazón golpearme el pecho como un sordo martillo.

De muy lejos venía a mis oídos el rumor confuso del torrente.

Allá, en la hondura, adivinábase un océano informe de sombras y de luces, y el hervidero de plata de las aguas...

Por fin la puerta se abrió dulcemente y una figura pálida, envuelta en un manto blanco, apareció en el umbral.

—La paz sea contigo—me dijo—. ¿Qué buscáis aquí, extranjero?

—Ese don santo que acabas de desearme —le respondí—: la Paz.

—¿De dónde vienes?

—De lo más hondo de aquellos abismos—y le señalé con un amplio gesto la perspectiva lejana—. He sangrado en todos los espinos... Me he desgarrado en todas las rocas... Conozco el filo de todos los guijarros.

—¿Sabes lo que encontrarás aquí?

—El paraíso del no pensar...

—¿No te asusta la inconsciencia?

—La ansío. Allá abajo las breves horas de sueño eran mi bien único...

Tus más bellas ideas, tus más luminosas imágenes se extinguirán para siempre. Nunca más sonará en tu oído la deleitosa melodía de las rimas; nunca más el choque de los conceptos vibrará en tu cerebro. Tu memoria no descorrerá ya sus telones de luz amable o trágica... Será como si te hubieses bañado en Leteo; como si gustases la flor del olvido en la isla de los Lotófagos...

—Eso quiero.

—Los seres que amaste no vivirán ya en tu recuerdo su vida vagarosa de fantasmas...

—Los enterraré para siempre.

—Ni siquiera te acordarás de tu nombre: tu personalidad naufragará eternamente en este océano de la total amnesia.

—Pero seré feliz.

—Lo serás; pero sin saber que lo eres, sin darte cuenta de tu suprema ventura... Esta es la divina ciudad del Nirvana de que habla el Buda. Este es el albergue del silencio interior; éste es el sosegado sueño del yo. Aquí toda individualidad se diluye como la gota de agua en el mar... Aquí el maya tenaz desaparece: aquí todo es idéntico con el Todo; la relación

de tu ser con el Universo acaba... El ser y el no ser son una misma cosa... Aún es tiempo; vuelve a pasar la explanada y desciende hacia el dolor, que hiere y maltrata, pero individualiza... Baja hacia el torrente; arrástrate de nuevo entre las rocas. Duro es el arrastrarse, pero quien se hace mal eres tú; mientras que aquí el bien nos satura, pero tú ya no existes. En el Bien estás, mas el Bien no está en ti...

... ¡Vacilé! ¡Oh mísero apego al yo, cadena que nos ligas con tantos eslabones al mundo de la ilusión: fuiste más fuerte que el anhelo de paz!

... El hombre blanco notó mi vacilación. Inclinó melancólicamente la cabeza; fué cerrando con suavidad la puerta... la puerta que da acceso al divino ignorar... y me dejó allí, solo con la luna...

Torné a bajar hacia el torrente...

Más duro era el descender que había sido el subir. Los filos de las rocas herían con mayor encono.

La luna descendía ya como un Dios triste, aureolado de plata, hacia su ocaso.

Allá, en lo alto, cada vez más en lo alto, los vitrales del castillo brillaban misteriosamente...

Con la herida y ensangrentada diestra, envié

un supremo beso de amor y de dolor a la morada excelsa, al paraíso perdido...

Y heme de nuevo en la otra orilla del torrente. Heme de nuevo entre los espinos. Heme de nuevo en el Hosco Valle del Pensamiento y del Dolor.





ÍNDICE

Indice

OTROS CUENTOS

203

NOVELAS DE BARBEY D'AUREVILLY

	Ptas.
El amor imposible	4,00
Las diabólicas	4,00
Una historia sin nombre	4,00

COLECCIÓN HISPANA

	Ptas.
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA	
Espíritu ambulante	4,00
El oculto pecado (novela)	4,00
EUGENIO NOEL	
Piel de España	4,00
JOSÉ E. RODÓ	
Páginas escogidas	4,00
J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)	
Hombres, hombrecillos y animales	4,00
CRISTÓBAL DE CASTRO	
Las mujeres (2.ª edición)	4,00
SILVERIO LANZA	
Páginas escogidas e inéditas	4,00
MANUEL MACHADO	
Un año de teatro	4,00
EÇA DE QUEIROZ	
La decadencia de la risa (2.ª edición)	4,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
Muestrario	4,00
R. CANSINOS ASSENS	
El divino fracaso	4,00
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT	
El secreto de la ruleta (novelas)	4,00
R. BLANCO-FOMBONA	
Dramas mínimos	4,00
SOFIA CASANOVA	
La revolución bolchevista. (Diario de un testigo)	4,00
A. HERNÁNDEZ CATÁ	
Los siete pecados (cuentos)	4,00
ALFONSO REYES	
El cazador	4,00
ALBERTO INSÚA	
Juventina la bella (novela)	4,00
FEDERICO GARCIA SANCHIZ	
Cosmopolita (novelas)	4,00
M. DÍAZ RODRÍGUEZ	
Peregrina (novela)	4,00
EDUARDO ZAMACOIS	
La virtud se paga (novela)	4,00
E. RODRIGUEZ MENDOZA	
Santa Colonia (novela)	4,00
EDUARDO MARQUINA	
Almas de mujer (novela)	4,00
JOSÉ M.ª DE ACOSTA	
Niñerías (novela)	4,00
E. RAMIREZ ANGEL	
La villa y corte pintoresca	4,00

COLECCION EXTRANJERA

	Ptas.
LEONIDAS ANDREIEV	
Los siete ahorcados (novela)	4,00
Judas Iscariote (novela)	4,00
La risa roja (novela)	4,00
Memorias de un preso (novela)	4,00

Ptas.

FEDERICO NIETZSCHE

Epistolario inédito. . . . 5,00

VILLIERS DE L'ISLE ADAM

La Eva futura (novela). . 4,00
Nuevos cuentos crueles . 4,00

GABRIEL D'ANNUNZIO

Quizás sí, quizás no (novela). , ... 5,00

ALEJANDRO KUPIN

El capitán Ribnicov (novela). 4,00

MARK TWAIN

Narraciones humorísticas 4,00
El diario de Eva (novela). 4,00
¿Ha muerto Shakespeare? (sátiras) 4,00

KNUT HAMSUN (Premio Nobel).

Pan (novela). 4,00

F. DOSTOIEWSKY

Tres novelas. 4,00

J. Y J. THARAUD (Premio Goncourt).

Dingley, el ilustre escritor (novela) 4,00
Servidumbre de amor (novela) 4,00

CARLOS BAUDELARIE

Páginas escogidas. . . . 5,00

TEODORO DE BANVILLE

Muñecas (cuentos). . . . 4,00

ARTURO SCHNITZLER

Morir (novela) 4,00

JEAN LORRAIN

El burdel de Filiberto (novela) 5,00

JULES RENARD

El viñador en su viña . . 4,00

GERARDO DE NERVAL

Las hijas del fuego (novelas) 4,00

FIALHO D'ALMEIDA

La ciudad del vicio (novelas) 4,00

Ptas.

LEÓN TOLSTOY

Jadsi Murat (novela) . . . 5,00

CONDE DE L'AUTREAMONT

Los cantos de Maldoror . 4,00

ENRIQUE SIENKIEWICK

Hania (novela) 4,00

R. L. STEVENSON

Las tribulaciones de un joven indolente (novelas) 4,00

HENRI DE REGNIER

Boda de amor (novela). . 4,00
Los amantes singulares (novela) 4,00
La llamarada (novela) . . 4,00

PIERRE LOTI

El libro de la piedad y de la muerte (novelas). . . 4,00

GIOVANNI PAPINI

Hombre acabado. 5,00
Bufonadas. 5,00
Memorias de Dios 5,00

G. APOLLINAIRE

El poeta asesinado (novela). 4,00

MARIO PUCCINI

Ser o no ser (novela). . . 5,00

G. RODENBACH

En destierro (novela). . . 4,00

COLETTE WILLY

Querido (novela). 4,00

HENRY DE MONTHERLANT

Olímpicas (novelas del deporte) 5,00
Los bestiarios (novela de toros) 5,00

O. HENRY

Picaresca sentimental (novelas). 4,00

JOHN GALSWORTHY

Flor sombría (novela) . . 5,00
Andrajos (novela) 5,00

CHARLES LOUIS PHILIPPE

Bubu de Montparnase (novela) 5,00

	Ptas.
G. K. CHESTERTON'S	
La esfera y la cruz	5,00
TOMÁS HARDY	
Teresa la de Urbervilles (novela), 2 tomos	8,00
LUIGI PIRANDELLO	
El difunto Matías Pascal (novela)	5,00
AQUILINO RIBEIRO	
La vía sinuosa (novela)	4,00
JULES ROMAINS	
Luciana (novela)	5,00
JAMES JOYCE	
El retrato del artista (novela)	5,00

COLECCION HISTÓRICA

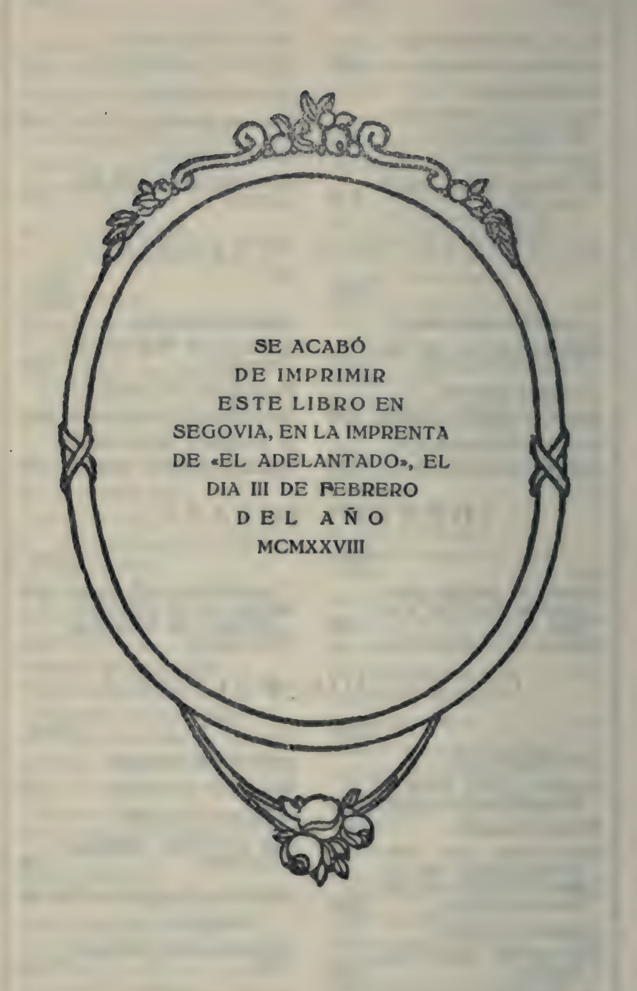
	Ptas.
J. GARCÍA MERCADAL	
España vista por los extranjeros (3 tomos)	12,00
RICARDO FUENTE	
Reyes, favoritas y validos	4,00
E. GONZÁLEZ-BLANCO	
Historia del periodismo	4,00
CARLOS PEREIRA	
La obra de España en América	4,00
E. RODRÍGUEZ SOLÍS	
Historia de la prostitución	5,00
P. OTERO Y SÁNCHEZ	
España, patria de Colón	4,00

IDEARIO ESPAÑOL

	Ptas.
Ideario de LARRA (Prólogo de Gabriel Alomar	5,00
Ideario de COSTA (Prólogo de Luis de Zulueta)	5.00
Ideario de GANIVET (Prólogo de Cristóbal de Castro)	5,00

COLECCION POLÍTICA

	Ptas.
ANTONIO MAURA	
Treinta y cinco años de vida pública (2 tomos)	8,00
V. RUIZ ALBENIZ	
Ecce Homo. (Las responsabilidades del desastre.) Epílogo del general Berenguer	6,00
ALBERTO MOUSET	
La política exterior de España	3,50
ALVARO DE ALBORNOZ	
El partido republicano	3,50
JUAN JOSÉ MORATO	
El partido socialista	3,50
M. MORENO RECIO	
Los partidos políticos europeos	4,50
ENRIQUE FAJARDO (FABIAN VIDAL)	
Crónicas de la gran guerra	6,00
JULIO MILEGO	
El problema catalán	3,50



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
SEGOVIA, EN LA IMPRENTA
DE «EL ADELANTADO», EL
DIA III DE FEBRERO
DEL AÑO
MCMXXVIII